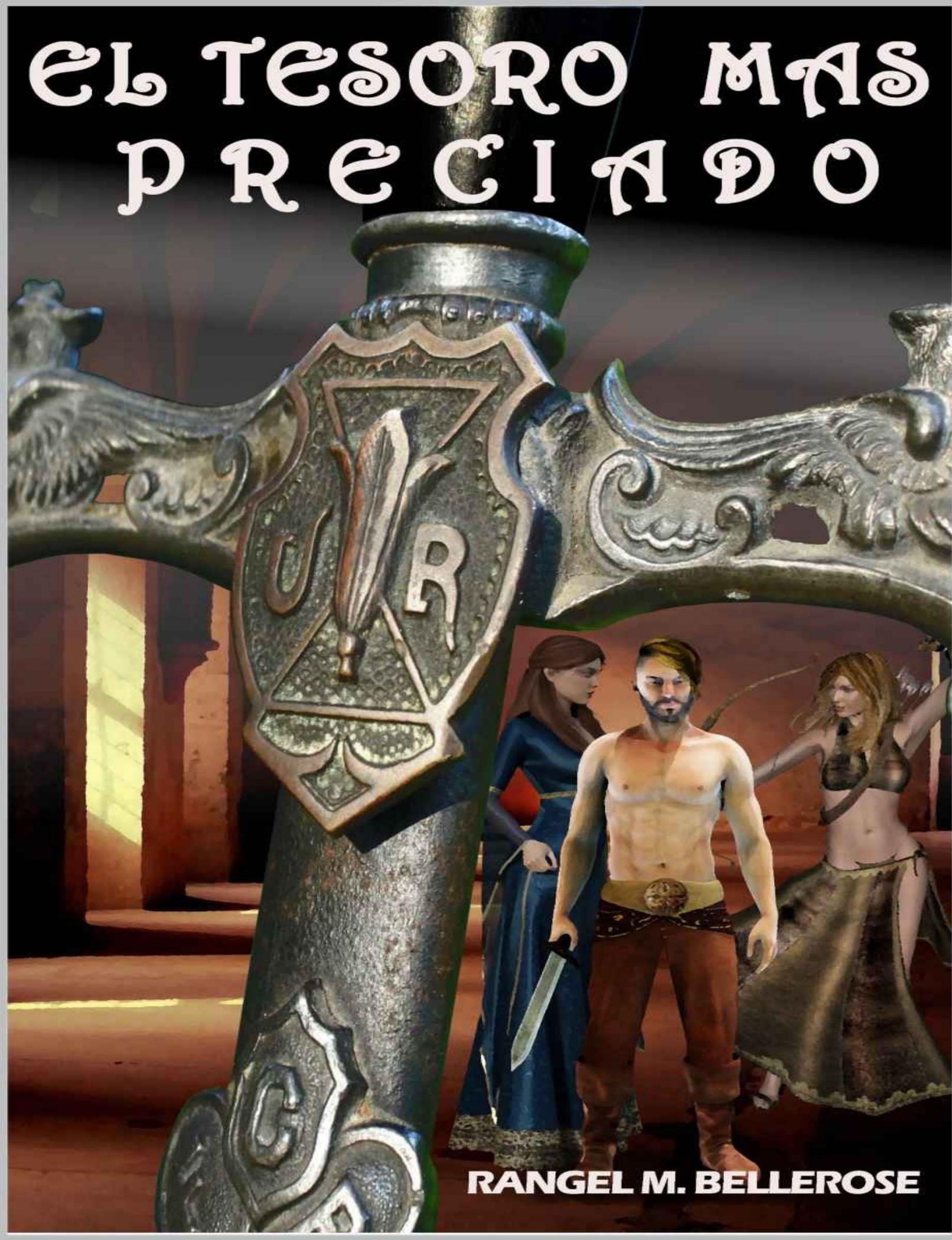


EL TESORO MAS PRECIADO



RANGEL M. BELLEROSE

El tesoro más preciado

RANGEL M. BELLEROSE

El tesoro máspreciado

Título original: El tesoro máspreciado

Sígueme en Instagram [@RangelM.Bellerose](#)

Email: rangelm.bellerose@gmail.com

Copyright ©2019 Rangel M. Bellerose

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, (bajo el seudónimo Rangel M. Bellerose), bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN—13: 9798694802017

Impreso en España – Printed in Spain

Agradecimiento

Puede parecer un tópico, pero casi siempre es la familia quienes más apoyo se presta para conseguir los sueños.

Tampoco me quiero olvidar de mi buen amigo
Chris R. Loup, con el que comparto esta
fascinante ilusión por contar historias.

Y desde luego a todas esas personas que han luchado
a lo largo de la historia, para que muchos se
beneficiasen de sus batallas ante las
injusticias.

Introducción

Todo lo relatado en este libro es pura ficción, los hechos aquí expuestos nada tienen que ver con la realidad de la historia.

En este libro se cuenta una preciosa historia de amor, Régis es un campesino de la Edad Media en los valles parisinos de los años 990 aproximadamente, bajo el reinado de Hugo el grande, cuando las casas feudales constituían un gran poder en sus apoyos a las coronas.

Este campesino vive con sus dos hermanas, Marian y Amabel, y su madre Marie, todas adoptivas, encuentra cruel el hecho constituido en la ley de entonces, el derecho a la prima notte, un derecho que desea abolir cuando es sufrido por su hermana mayor.

En un encuentro inesperado se cruza con Beatriz, princesa e hija de Hugo, de inmediato su alma colapsa y queda enamorado para toda su eternidad, pero tanto el amor entre ellos como la abolición de la prima notte será una aventura de compleja resolución satisfactoria.

Melendo es un noble que rechaza de facto la eliminación de su derecho, un hombre enfermo por la lujuria que atravesará los límites del ser humano, su propia hija Clarais sufrirá las consecuencias de un ser machista y enfermizo.

Una historia breve, pero intensa que trata de reflejar a los tantos valientes, hombres y mujeres, que desafiaron lo establecido para lograr un mundo mejor, un mundo donde los derechos fundamentales del ser humano fuesen engrosándose a medida que avanzaban sus campañas.

Una historia de amor increíble, un hombre que reconoce bien lo que significa amar y no querer.

CAPITULO 1

Presencia del Reino

CAPITULO 2

Desaparece el miedo

CAPITULO 3

El tiempo de la batalla

CAPITULO 4

Causas de miedos

CAPITULO 5

Deseos inconfesables

CAPITULO 6

Antes la muerte

CAPITULO 7

Secretos de alcoba

CAPITULO 8

Antes que la vida

CAPITULO 9

Perdón de la maldad

CAPITULO 10

Sabor a victoria

CAPITULO 11

Traición esperada

CAPITULO 12

Al final de la esperanza

BIOGRAFIA DEL AUTOR

Presencia del Reino

Uno de los más bellos parajes de todo el Reino, en la provincia de París allá por el año 955 D.C., bajo el dominio de Hugo el grande, fue testigo de una de las más bellas historias de amor jamás contadas.

En aquella época de numerosos conflictos, entre casas feudales, por hacerse con el trono de todo el territorio de los franco, en la zona occidental de lo que hoy es Francia, la casa de los Robertinos disputaban los demás territorios a través de Hugo, el cual alcanzó la corona años más tarde entregándosela a su hijo, Hugo Capeto.

Pero no adelantemos acontecimientos; por aquella fecha los valles de París eran prósperos, con grandes recursos para sustentar a su población, en la aldea hacia el Oeste, junto a la orilla del río Sena, vivía yo a mis veinte años y trabajaba la tierra para el noble de la aldea, siempre con un gran optimismo a pesar de mi pobreza.

Acabando el trabajo, siempre me dirigía de inmediato a mi casa, para seguir colaborando en ella; al caer la noche mi madre sabía que pronto entraría por la puerta de su humilde vivienda. Mis dos hermanas pequeñas no desatendían a Marie, mi madre, pero los quehaceres en la construcción o reparación de la choza recaían sobre mí, era huérfano de padre, como casi todos en aquella época, y las pocas horas nocturnas de las que disponía en las noches, siempre trataba de dar confort a mi familia.

—Régis... ¿cielo no deberías acostarte ya?—, me dijo mi madre.

La oscuridad de la noche hacía ya tiempo que envolvía la aldea, apenas unos sonidos de la naturaleza rompían el silencio, no disponía de suficiente tiempo para que mi familia viviera en las mejores condiciones posibles, —acuéstate tú... quiero terminar la cama de Amabel, no puedo posponerlo más tiempo.

—Ella no tiene que levantarse antes que el alba, piensa un poco en ti—, insistía ella. Una mujer fuerte y luchadora, bella hasta decir basta o al menos lo era para mí, su delgadez y pelo negro resaltaban sus verdes ojos, su tez blanca como la de todos en la aldea mostraba una piel aterciopelada; en verdad no era mi verdadera madre, yo fui acogido por esta familia cuando era un bebé, justo antes de que mi hermana naciera, sí yo la llamo hermana aunque no fuera de sangre, lo era de familia.

—No puedo ver a Amabel durmiendo en el suelo... déjame terminarla y luego me acuesto—, le dije.

—Está bien, pero no dejes que te alumbre el sol sin dormir nada.

Amabel era mi hermana pequeña, con quince años era ya una mujer, comenzaba a atender las necesidades del hogar, ayudando en todo lo que podía a la familia, muy responsable y guapa, no podría describir cuanto la quiero, al igual que a mi madre y a mi otra hermana, Marian de dieciocho años.

El silencio atronador de aquella noche me inquietaba, ni los grillos emitían su particular ruido, tal vez fuera la presencia inminente de una tormenta o algo peor, lo cierto es que salí al exterior de mi pequeña carpintería, y vi en el cielo una luz extraña, no era la típica de la luna reflejada en las nubes, más bien una luz que iluminaba el suelo, que llenaba mi alma de paz, de tranquilidad, quedé exhorto durante un buen tiempo hasta que desapareció. No sabría explicar con exactitud lo visto, pero desde esa noche mis miedos abandonaron mi cuerpo, yo era alegre desde siempre, pero aquella luz en la más profunda oscuridad me alentó a ver con esperanzas el futuro.

Antes del amanecer, el cielo se derrumbaba en forma de agua, una tormenta oscurecía al poderoso astro, para mí era una bendición dado que no se podía trabajar el campo, no para resguardarnos del temporal, sino para no dañar los cultivos. Únicamente encontraba descanso en esos días grises de lluvia, en esos días grises de tormenta, aunque debía trabajar en la carpintería para Melendo, el noble de la casa de nuestra comarca.

Cuando el alba despertaba a los gallos, era la hora de continuar el trabajo, el techo de mi carpintería no aguantaría mucho tiempo el torrencial que caía, pero eso no detuvo a Amabel para visitarme y traerme el desayuno, lo cual agradecí, ya no solo por el acto sino por verla tan risueña y encantadora, hasta aquella luz en la noche, su bella sonrisa era mi mayor motivación para no descansar.

—Gracias por la cama—, me dijo.

—Gracias a ti por el desayuno... esta noche quiero dejártela montada, espero que estés más cómoda.

—Seguro que sí, me gusta mucho verte trabajar la madera.

—Es bonito ver lo que los troncos esconden en su interior... algún día, cuando crezcas te enseñaré a trabajarla.

—Por mí bien—, dijo. Se sentó sobre la estropeada mesa mientras yo comía.

—¿Y Marian?... ¿está ayudando a mamá?

—Sí, tiene que hacerlo para poder ver después a su novio... sino mamá no la deja ir por agua.

—Hoy le va a ser difícil ir al río por agua, con la que está cayendo.

—¿Crees que no va a ir?... el amor puede con una mojada y más—, me dijo con su sonrisa pícaro. Amabel era una joven muy parecida a Marie, ella tenía el pelo rubio, pero si no fuera por eso serían idénticas, sin embargo, Marian era una chica más parecida a su padre, morena y ojos miel, con un bello rostro que ya enamoraba a muchos jóvenes.

—Las chicas os volvéis locas por ese amor... a ver si tú no eres tan caprichosa.

—Los chicos no me van a hacer que haga tantas tonterías.

—Ja, ja, eso tengo que verlo—, le dije. Estuvo a mi lado un buen rato, pero a la hora de comer ya estaba en casa, las tres lo estaban preparando el caldo que nos alimentaba cada día.

Al entrar en la humilde vivienda encontré a Marian molesta con mamá, —¿qué te pasa?

—Parece ser que hoy no puedo ir al río... ya ni llueve.

—Le he pedido que se quede en casa hoy que está la tarde tan mala, no quiero que salga, está lloviendo y pronto no habrá luz—, me contestó Marie.

En el comedor solo había una mesa de madera, sillas y al fondo la cocina de leña, la cual nos servía para calentarnos en los días fríos, —no te preocupes que yo la acompaño, no temas que no le va a pasar nada.

—¿De verdad?... ¿me vas a acompañar?—, saltó Marian con una sonrisa.

—Sí, pero otros días no me digas que no quieres ir cuando te mande mamá.

—No sé la necesidad que tiene de salir en un día tan malo—, dijo Marie.

—¿Tú nunca has estado enamorada?—, soltó Amabel mientras comía. El alimento no

sustentaba demasiado, pero al menos estaba caliente.

—El amor no es como os creéis... pensamos que todo cambiará a mejor al casaros, pero solo cambia la casa donde vivirás... poco más—, dijo mamá. Yo solo escuchaba la conversación que mantenían, no me gustaba mucho hablar de esas cosas.

—Papá murió muy pronto, pero si estuviera aquí, ¿no te alegraría?

—Solo digo que el matrimonio os traerá unas consecuencias que os marcará la vida—, expuso la madre.

—Ya vas a contarnos otra vez lo de la primera noche... yo no quiero saber de eso—, dijo la mayor.

—Pues si piensas casarte tendrás que saber de eso.

—Déjalo ya mamá... ella ya sabe lo que acarrea el matrimonio—, le dije al ver apenada a Marian y Amabel.

Al caer la tarde, acompañé a mi hermana al río con la intención de encontrarse con Mercero, el joven que pretendía a Marian, la llovizna no les impedía mantener la única ilusión de sus vidas, lo único que en esos momentos les dejaba descansar en las noches, el amor.

Con mi capa me resguardé bajo un frondoso árbol, la luz abandonaba el lugar despacio, pero sin pausa, al fondo las siluetas de los enamorados me mostraban su comportamiento, una conversación que animaba sus corazones, ese joven llevaba tiempo detrás de mi hermana hasta conseguir su propósito, yo estaba muy tranquilo, le conocía desde pequeño y era un buen amigo.

En aquel instante pensaba en lo pronto que Marian abandonaría el nido, lo pronto que buscaría su futuro junto a Mercero; la ráfaga de viento me incomodaba y la fina lluvia mojaba mi cara, que triste era pensar en lo poco que valía una persona y en lo poco que valía una mujer, con lo amable que era, simpática y cariñosa, no podía entender que derecho tenía el noble sobre su cuerpo, acepto que seamos usados para trabajar y poco más, pero llegar más lejos de eso ya no era comprensible, pero aceptado entre la población. Además, si más de uno había desaparecido y a nadie le importaba, que importancia tenía pasar la noche de la boda con el noble.

—Ya podemos irnos—, me dijo Marian. Ni me había dado cuenta de que se estaba acercando a mí, por unos momentos les había perdido la vista, la mente se me fue hasta aquellos apenados pensamientos.

De camino a casa mi hermana me contaba con ilusión todo lo que había hablado con Mercero, para mí lo único importante era la cara de Marian, su felicidad se reflejaba en su rostro, su sonrisa bajo la fina lluvia, su pelo mojado al igual que su único vestido, la miraba y solo pensaba en cuanto daría para que nunca tuviera que pasar por ninguna mala experiencia, —me alegro que estés contenta... ¿de verdad planeáis casaros?

—Tengo muchas ganas, él me quiere y yo a él... no quiero esperar más tiempo... tengo muchas ganas de estar con él.

—Modera ese vocabulario... no me expliques nada.

—¿Y tú no piensas en buscar a nadie?... se te va a pasar la edad—, me dijo. La noche ya no dejaba ver el camino, debíamos andar por inercia, sabiendo donde poníamos los pies.

—No quiero enamorarme... no puedo pensar en...—, decía cuando me interrumpió.

—No lo digas... ese paso lo pasamos las mujeres sin pensar en ello... no formará parte de mis recuerdos.

—Eso espero... te deseo lo mejor—, le dije. Se detuvo y me miró en la oscuridad, al instante se acercó a mí y me abrazó, todo su cuerpo temblaba por el frío, pero eso no la detenía, luego buscó mi mirada y me dijo, —siempre has demostrado ser el mejor hermano del mundo... viviré al otro lado de la calle... no me voy a ir lejos.

—Lo sé, y eso me alegra profundamente... no conozco otra vida que junto a vosotras tres, te quiero y quiero tu felicidad.

Aquella mirada me produjo escalofríos, no solo por la mala noche, era la mirada de la bondad, del amor más sincero, de todo lo que podía desear en aquellos momentos.

Seguimos andando hasta llegar a la casa, no esperábamos encontrar en la aldea al sequito de Melendo, los caballeros se alumbraban con antorchas, no era costumbre salir en las noches sin un motivo importante; sobre el terrizo de las calles, los cascos de los caballos abandonaban la aldea entre ráfagas de llama y viento.

—¿Qué ha pasado?—, pregunté al vecino.

—El rey, Hugo viene a la comarca y va a pasar por el camino de las piedras, Melendo ha comunicado que todos debemos estar en el camino para vitorear su paso.

—¿Para qué viene?—, pregunté.

—Eso no nos lo comunican... busca el apoyo de los feudos y las casas de nobles, ahora las guerras se ganan llenando las barrigas de los señores.

—Ya... quien más casas tenga mayor posibilidad de llegar al trono, bueno espero que no altere mucho la paz de la que ahora disfrutamos.

—Tu padre dio su vida por ellos, y el mío, el de Marian y Amabel... no les importamos lo más mínimo... puedes ser su mejor guerrero que cuando pierdes la vida en la batalla, ni se acuerdan.

—Nunca lucharé por nadie, no pienso ir a la guerra por ellos... ojalá no nos hagan elegir.

—Tu vida es de ellos... y la de tu familia, no lo olvides—, me dijo. En gran parte llevaba razón, eso no iba a cambiar por mucho que lo deseáramos, tal vez pudiéramos conseguir algo con sus mismas armas, pero por el momento no.

Al entrar en casa, Marie estaba sentada en la silla frente al fuego, Amabel y Marian fueron a sus habitaciones, —¿estás bien?

—Sí... solo estaba pensando.

—¿En qué?, no te veo bien... dime que ha pasado.

—Siempre te has preocupado demasiado por nosotras, estoy bien... es solo que ver a Melendo me remueve muchas cosas.

—¿Quieres hablar de ello?—, le pregunté. Puse mi mano sobre su hombro y ella giró su cabeza para mirarme.

—Ese hombre se llevó mi mayor tesoro... mi único tesoro, lo único que deseaba para mi marido, se apropió de él sin ningún escrúpulo.

—Te entiendo... pero de eso hace ya mucho tiempo, no pienses más en ello, estoy seguro de que a papá no le molestó... él sabía que fue robado y no entregado.

—Él lo entendió, pero yo no... puede que el hombre lo acepte, pero para la mujer es algo que no se olvidará jamás, ya mismo tus hermanas pasarán por lo mismo... me da mucho asco.

—No le des más vueltas.

—¿Sabes lo que ese hombre me dijo?... hoy mismo me lo volvió a recordar.

—No lo sé.

—Me dijo que nunca olvidaría mi sabor, mi olor... a veces pienso que mi esposo murió por su culpa, buscando que me casara de nuevo para poder estar otra vez conmigo... para él las mujeres no significan nada.

—Te entiendo... debe ser muy difícil, pero debes seguir adelante... no estás sola y nunca lo vas a estar... no puedo cambiar eso.

—Perdona, no debí hablarte así... no quiero preocuparte más de lo que ya lo haces... ve a dormir que pronto tendrás que levantarte.

—Buenas noches, mamá—, le dije. La luz del fuego dibujaba su silueta al mirarla por la espalda, un sentimiento de pena recorrió mi alma, la dejé en la oscuridad y soledad del comedor, el cual era también su dormitorio, todo su sufrimiento era mi sufrimiento, tal vez era demasiado sensible para un mundo que no hacía diferencias en cuanto a maldad se refería.

Mañana volvía a ser un día especial en nuestras vidas, nunca pasaba por nuestra humilde aldea el rey con su sequito, eso propiciaba que ninguno acudiríamos al campo a trabajar, debíamos mostrar nuestras mejores galas al paso de la caravana.

La luna se movía en el cielo, mis ojos no guardaban reposo, la lluvia había amainado y las estrellas se mostraban a través de la ventana, toda mi inquietud, la cual no me permitía conciliar el sueño, desapareció en cuanto recordé la luz del cielo de la noche anterior. Aquello era lo único que llenaba de paz mi espíritu, no conozco el motivo, pero en mi interior intuía cosas buenas en el futuro de nuestras vidas.

Desaparece el miedo

La mañana anunciaba algo bueno en mi corazón, puede que solo fueran mis ganas de un mundo mejor, o puede que verdaderamente algo bueno estuviese a punto de suceder, al levantarme encontré a toda la familia durmiendo, me acerqué hasta la cama de Amabel y su rostro dormido plácidamente me inspiró; sus sueños debían llevarla hasta el lugar de su re confortamiento, era hora de despertarla aunque me doliera en el alma, traerla de regreso a la realidad de nuestras vidas, —Amabel.

—Dime... ¿ya es de día?—, me preguntó con sueño.

—Sí, hay que levantarse para acudir a la caravana del rey.

—Está bien... me voy a vestir, espero que se me haya secado el vestido—, contestó. Inmediatamente después me acerqué a llamar a Marian, pero me encontré la cama vacía, —¿dónde está Marian?—, pregunté a Amabel.

—No lo sé... yo no la escuché levantarse.

—Vale, dile a mamá que ahora vengo, voy a salir a ver si la encuentro.

Mis pensamientos rápidamente volaron hacia la casa de Mercero, estaba seguro de que la encontraría en sus inmediaciones, no me equivoqué, —¿qué haces en la calle tan temprano?—, le dije. Ella ya se acercaba a nuestra casa, caminando rápida y alegre sobre la tierra de la calle.

—He salido a tomar el aire, me ahogaba en la cama.

—Tienes que ser más pudorosa... los vecinos te ven y saben a dónde vas, ya no te aguantas ni un momento.

—Solo quería verlo un rato antes de que el rey llegase.

—Si sigues pensando así, vas a tener que pensar en casarte antes de lo que creías.

—Eso va a ser difícil... hemos hablado y queremos casarnos cuanto antes... ¿no te alegras?

—Me alegraría si tuvierais preparado un hogar, ¿dónde piensas vivir?... no creo que la familia de Mercero pueda acogeros en su vivienda.

—No, ya tenemos casa... la del tío de Mercero... ese hombre es viudo y no tiene hijos... hoy mismo me lo ha pedido—, me contestó feliz. La verdad es que su alegría se reflejaba en todo su rostro, el fresco de la mañana agitaba sus cabellos, y los ojos se le inundaban de lágrimas.

No pude más que mirarla pensativo, respiré en un suspiro y sonreí —me alegro por ti, si es lo que deseáis contad conmigo para la boda.

Gracias—, terminó. Se sujetó de mi cintura y regresamos a casa, debía contárselo a mamá y ello suponría un nuevo desafío a sus intereses, pero de seguro que la apoyaría al igual que toda la familia.

Cuando el sol alumbraba en lo más alto, nos dirigimos al camino con nuestras mejores galas, a recibir a nuestro rey como se merecía, yo montaba a negro, mi caballo, y las mujeres andando como era la costumbre, no es que me sintiera cómodo así, pero ninguna mujer montaría en el

caballo ante las miradas de los vecinos.

Todos estábamos nerviosos, nunca antes habíamos visto a un rey, puede que algunos sí, pero solo los más veteranos; el barro provocado por la tormenta del día anterior todavía era fresco, el camino por donde pasaría el sequito era ancho, delimitado por piedras y un gran follaje de hierva verde, los prados en esos meses del año estaban verdes, y el cielo era completamente azul, un día perfecto para ver a su majestad.

Se hacía de rogar hasta que al fin se les divisaba al fondo, el brillo de sus armaduras nos cegaban, diez jinetes a los lados y el rey en medio, con la cabeza alta, era el único que no portaba yelmo, las banderas al principio rojas agitadas por el viento, y el sonido de los cascos de los caballos enmudecieron a los vecinos, al instante de pasar junto a nosotros todos comenzaron a vitorearlo, pero algo detuvo el tiempo, fue como su todo el cortejo se ralentizara para mí.

Una joven a lomos de un caballo blanco seguía al rey, con ropa lujosa, blanca con puntadas de oro en sus extremos y cuello, de pelo negro y ojos verdes, enormes ojos verdes, mi corazón se paralizó al igual que el tiempo, su bello y perfecto rostro caminó durante horas frente a mis ojos, sus labios rojos no hacían ademán de moverse, ni su cuello.

Pasó mirando al infinito, pero ese infinito fue en el que sucumbió mi alma; pude fijarme en cada milímetro de su perfecta y pálida piel, ¿Quién era aquella joven que me hacía soñar con un mundo de verdad y justicia?, ¿qué me hacía ver con diferentes colores la vida?, al terminar su paso junto a mí, podía recordar como cada pelo negro de sus cabellos se enredaba con el viento que le acariciaba su cuerpo, su piel, su dulzura.

Envidia es lo que me provocaban aquellas ráfagas, envidia sentía de aquel vestido e incluso envidia de la pintura que besaba sus labios, pero de pronto todo cambió, el caballo del rey se agitó y se levantó sobre sus cuartos traseros, haciendo caer a éste y quedando enganchado en el estribo.

Como alma que lleva el diablo, el caballo corrió hacia la profundidad del valle arrastrando a su majestad, instintivamente y puesto que montaba a negro, traté de alcanzarlo, su sequito nos seguía, pero sus armaduras eran muy pesadas para dar alcance al caballo del rey.

Me angustiaba ver como delante de mí, ese hombre se arrastraba sin poder darle alcance, no me fue fácil, pero logré detenerlo antes de que fuera demasiado tarde, me bajé y sujeté la cabeza de Hugo, el hombre me miró y sonrió, pero cerró los ojos de inmediato, poco tardó su escolta en apartarme del lugar, como si fuera escoria. Subieron al rey a un caballo e inmediatamente avanzaron hacia la casa del noble, la joven se quedó unos instantes mirándome, como agradecida y muda, su mirada terminó de atravesar mi corazón, rompiéndolo en tantas mitades como imposible sería recomponerlo.

Uno de los soldados le sujetó las riendas de su blanco caballo y emprendieron la marcha al galope, su figura se alejaba de mí, posiblemente para siempre.

—Régis, ¿estás bien?—, me dijo Marie al llegar a mi altura. Todo el pueblo lo hizo, mis hermanas me admiraban como si hubiera ganado una batalla.

—Estoy bien... no me ha pasado nada, no sé muy bien lo que ha sucedido.

—¿Estaba vivo el rey?—, preguntaban.

—Yo le vi vivo, espero que se recupere—, les dije. Amabel me abrazó con una amplia sonrisa, para ella siempre había sido su héroe y en esta ocasión parecía pensar en que había quedado demostrado.

Todos regresamos a casa por los senderos, una vuelta llena de elogios entre la multitud, pero mi único pensamiento le pertenecía a la joven desconocida que había capturado toda mi atención.

En los días postreros nos llegaba escasa información de la salud del rey, parece ser que estaba

vivo, aunque dolido en cama, no estábamos invitados al conocimiento de lo que se cocía en sus vidas, pero lo que sí alegraba nuestra familia eran los preparativos de boda, Marian y Mercero habían tomado la firme decisión de casarse de inmediato, con alguna pena en el rostro de Marie, aunque feliz por el nuevo camino que había tomado su hija.

—No te preocupes mamá, voy a estar bien... yo quiero mucho a Mercero, y él a mí—, le decía.

—Lo sé... pero no me gusta que tengas que abandonar la casa tan pronto, eres tan joven.

—¿Con qué edad te casaste tú?

—Déjalo... vamos a continuar con las flores, que ya te queda poco.

Ciertamente era inminente, Amabel colaboraba en todo lo que se le pedía, su juventud y alegría iluminaba los días con su radiante sonrisa, era como ver a un ángel trabajando, haciendo labores para alentar los corazones.

—Régis, déjame que te pruebe la corona—, me dijo.

—Esa corona es para Mercero... no creo que me quede bien a mí—, le respondí. Era costumbre que durante la celebración del matrimonio los novios portaran una corona de flores blancas.

—Eso seguro, Mercero no se puede comparar a ti, él es mucho más feo—, dijo sonriendo, —a ti te queda todo mucho mejor.

—No seas mala—, reí.

El sábado estaba ya todo listo para el enlace, Marian estrenaba vestido, fabricado por mi madre y con la ayuda de algunas vecinas, estaba especialmente radiante, el tiempo también se puso de nuestra parte, era un día de celebración y para esos días los trabajos se paralizaban al mediodía, no me imaginaba a mi hermana casada, pero su rostro me decía con cuanta alegría recibiría el enlace.

Toda la aldea colaboraba cuando se celebraba un casamiento, era bonito ver la solidaridad de la gente, cada uno aportaba algo de comida o flores, lo que buenamente se podía, después del enlace vivíamos el gran atracón de comida, yo permanecía distante, pero observando cada risa, cada cara de felicidad que regalaban los aldeanos, para mí verles felices era la mayor experiencia, hasta que al caer la noche todo se tornó de caras largas, caras llenas de miedos e incertidumbres.

El lacayo de Melendo se acercó a la aldea para ejercer su derecho a la prima notte, derecho que dejaba a las familias, y en especial a las jóvenes casaderas, sin su sonrisa durante días, semanas o meses.

—Mamá no llores... estoy preparada para este día—, le dijo Marian a mamá antes de despedirse.

—No creo que estés preparada, pero debes cumplir con todo lo que se te diga—, le respondió. Sabía lo importante que era aguantar el drama si quería seguir con vida, si quería volver a su casa junto a su marido, el cual después de ese día tampoco volvería a ser el mismo.

Mientras se alejaba por el camino, la fiesta estaba concluida, solo faltaba recoger con rostros serios y tener la esperanza de al día siguiente estuviera de vuelta en la aldea.

—¿Hasta cuándo vamos a estar sometidos a esto?—, pregunte. Nadie me respondió, ni tan siquiera Mercero, el cual se refugiaba en el alcohol, —¿de verdad no os importa lo que hacen con nuestras mujeres, hijas o madres?

—Cállate si no quieres tener problemas—, me dijo un anciano.

—Acaso no los tenemos ya... ¿no son problemas los que vivimos al ver partir así a una de las nuestras?

—Eso nada tiene que ver con lo que sería una revuelta—, seguía hablándome, —he vivido muchas revueltas y si estoy aquí es por mi cautela... deja el mundo como está.

No podía entender como a casi nadie le importaba todo lo que sucedía, al entrar en casa me encontré a mi madre contándole un bonito cuento a Amabel, tal vez me olvidé de ella, era muy pequeña y aquello la asustaba en sobremanera, le puse la mano en su frente hasta que consiguió conciliar el sueño, luego ambos salimos al comedor.

—Acuéstate tú... voy a esperar a tu hermana—, me dijo.

—Me quedo contigo... esta noche no puedo dormir... ¿nadie ha intentado nunca acabar con este derecho de los nobles?

—El pueblo no puede luchar contra eso... prefieren vivir, y es algo normal.

—¿Estará bien?

—Marcará su vida para siempre, no tengas dudas de eso... quiero darte algo.

Se acercó hasta su cama y de debajo del colchón sacó una preciosa espada, el mango blanco nácar y el filo brillante como la plata, —¿de quién es?

—Era de mi esposo... fue un gran hombre y líder, es lo único que tengo de él, quiero que la tengas tú.

—No soy ningún líder... no la merezco mamá.

—Mi marido tenía un corazón parecido al tuyo, esa sensibilidad es lo que te hace especial... el amor es mucho más poderoso que el odio o el rencor, créeme.

—Gracias... no sé si son ciertas tus palabras, pero son alentadoras... ojalá regrese pronto Marian.

En la casa del noble, segunda residencia de éste, ya que en la grande se recuperaba el rey, Marian se encontró de cara con Melendo, el cual gustaba de ver a la joven en su vivienda.

—Me alegro de verte... tanto he esperado para al fin que estés aquí, ojalá seas como tu madre.

—Dime que tengo que hacer—, le dijo ella impertérrita.

—Tú de momento nada, no te preocupes que esto no te va a doler... hasta te va a gustar—, decía, —desnudadla.

Los siervos de Melendo le quitaron la ropa, Marian se cubría sus intimidades como buenamente podía, el noble le pidió que lo acompañara hasta una habitación que mantenía cerrada con llave, al entrar solo una tenue luz entraba por la ventana, un armario de madera guardaba algo que la chica no pudo imaginar.

—Mira, estos son los frascos de las mujeres, que como tú, han tenido el honor de estar en mi casa—, le dijo.

—No le entiendo—, respondió la joven con corrección.

—Cada uno de estos frasquitos contienen la esencia de cuantas mujeres han estado aquí... tu madre es Marie Clamton, ¿verdad?

Marian asintió asustada, pero mirándole con cara de asco, el hombre se dirigió a buscar entre la multitud de botecitos de cristal el nombre de su madre, —Aquí está... ves, este es el de tu madre... quiero recordar que ella fue de las que mayor humedad recogí.

—¿Qué quiere que haga?—, preguntó la muchacha.

—No te apures... quítate las manos de delante, no seas tímida, esto solo dura un rato y luego podrás regresar a tu casa.

—Ese es mi deseo, Señor.

—Pronto... este derecho debéis entenderlo más como un privilegio que una obligación... ven acércate—, habló el anciano. La chica se le acercó y éste le despejó el cuerpo para admirar sus dotes, poder contemplar a la luz de la ventana el fresco cuerpo de Marian, —que dulzura—, decía mientras sus manos ya tocaban la piel de la chica.

Ella no se inmutaba, su mente no estaba en aquella habitación, Melendo la gozaba ante la

inmovilidad de Marian, —cuando me entregues tu humedad podrás marcharte... así de simple—, dijo. Su voz ronca y el mal olor de la habitación invitaban a la chica a salir corriendo, pero era cosa seria desobedecer a un noble cuando gozaba de su derecho.

—Veo que te va a costar—, decía. Le acariciaba el cuerpo e incluso rebuscaba entre sus secos labios, desde luego la excitación no iba a presentarse ante tal abominación.

—No puedo concentrarme... lo siento señor.

—Si este frasco no obtiene nada de ti... lo vas a sentir más todavía—, sentenció. Hurgaba en la entrepierna desnuda de la joven, trataba de que esa abertura condensase el néctar que el anciano deseaba, pellizcaba sus pezones, su abdomen e incluso comenzó a masajear el pequeño bultito que asomaba entre los labios de Marian.

Parecía que la concentración de Marian, empezaba a dar algo de fruto, tras mucho rato de manoseo, caricias por cada centímetro de la piel de la joven, por los rincones más inhóspitos del agitado y agobiado cuerpo, unas gotas de la más dulce miel cayeron en su interior, el hombre se apresuraba a recoger cuanto podía, la boca del frasco entraba en su interior, e incluso la más mínima esencia que resbalaba por sus muslos, Melendo se desvivía para encerrarla en el cristal, —no eres como tu madre, pero esto empieza a estar muy húmedo ya.

—Eso me agrada señor... espero que quede satisfecho—, decía Marian con la intención de que el hombre se apiadara de ella, y la dejara regresar a casa.

—Normal que te agrade... ya lo veo entre estos firmes muslos—, hablaba. Al cabo de un rato se levantó, le sujetó los pechos en la mano y le soltó, —aunque tu madre tenía mucha más dulzura entre las piernas, he de confesarte que tus pechos son mucho más bonitos.

Se llevó el frasco a la nariz, inhaló el contenido durante unos segundos, —no me disgusta tu olor... muy excitante.

Marian respiraba algo más tranquila, e incluso volvió a cubrirse con sus manos, pensaba que ya había pasado lo peor, —ven acompañame—, le soltó tras depositar su esencia en el mueble. Marian la acompañó hasta el dormitorio, en su interior una gran cama rodeada de muebles muy elaborados, desde la ventana entraba algo más de luz, pero en esta estancia había candelabros alumbrando el habitáculo.

—Vamos ahora a degustar ese sabor... tumbate en la cama mientras me cambio.

La joven sí que se asustó, ahora comenzaba el deber de obedecer al viejo, estaba decidido por ley que su cuerpo le perteneciera durante la primera noche de bodas, antes de que el hombre se desnudara, entró en la habitación la esposa, la hija y sus dos hijos, todos se acomodaron en sus asientos a presenciar el acto de Melendo, al cual se le otorgaba por ley.

—¿La has lubricado?—, preguntó la esposa.

—No ves mamá que tiene mojados los muslos—, le respondió la insoportable hija de Melendo, Clarais.

El tiempo de la batalla

La mañana no llegaba, y Marie apenas podía sostener sus ojos abiertos, salí al exterior para comenzar con la jornada laboral en el campo, yo tampoco había pegado ojo en toda la noche; encontré a Marian sentada en la entrada con la cabeza entre las piernas y llorando.

—¿Estás aquí?... me alegro de que hayas regresado.

—No lo he hecho.

—¿Por qué dices eso?... mamá está muy preocupada.

—Mi alma... mi persona se ha quedado allí... no puedo entrar y mirar a los ojos a mamá... ni a mi marido.

—No digas eso... tú no has hecho nada malo, la injusta ley ha sido impuesta por el rey... no por ti... mamá necesita saber que estás aquí.

—Ahora entraré... necesito desahogarme, vete a trabajar no te vayan a detener por mi culpa.

—Nada es por tu culpa—, le dije en un abrazo, —sabías a lo que ibas, lo sabéis desde jovencitas.

—Nadie se puede imaginar eso, pero no te preocupes que se me pasará... necesito hablarlo con mamá antes de ir con Mercero.

—Él también estará preocupado, tengo que irme, pero antes quiero verte entrar en casa... por favor—, le dije. No podía soportar verla inundando sus mejillas en lágrimas, la noche iba desapareciendo y debía estar presente en muy poco tiempo delante del siervo de Melendo.

—Está bien... voy a entrar—, dijo secándose las lágrimas.

—A la noche me paso a verte... sé fuerte, esto ya pasó, se acabó y ahora tienes que vivir junto a tu esposo una vida feliz.

—He dejado de sentirme persona... no soy más que un animal sin ningún derecho... si me quedaba algo de humanidad, se la quedó ese maldito viejo—, sentenció. Me dolió el alma ver como entraba en la casa, entre sollozo sin tener tiempo para consolarla.

Al regresar a la casa, después de otro duro día de trabajo, mis alegrías eran cada vez más efímeras, más dispersas en mi mente, pero algo cambió al entrar en la vivienda.

—Han venido por orden del rey... quiere verte mañana en la casa grande—, me dijo mi madre con un papel en la mano.

—¿Cómo es eso?... ¿por qué?

—Porque le salvaste la vida, ¿no te alegra?—, preguntó risueña Amabel.

—Ahora mismo lo que quiero es saber de Marian... quiero ir a visitarla a su casa—, les dije soltando la carta en la mesa.

—Está mejor... creo que deberías dejarla con su esposo... le corresponde a él cuidar de ella ahora.

—No... quiero verla porque nunca dejará de ser mi hermana.

—¿Puedo ir yo también mamá?—, preguntó Amabel.

—Por supuesto que sí... y tú madre, vente a ver a tu hija—, le dije. Le costó aceptar, pero al final pudimos ir los tres a ver como se encontraba, ella se alegró mucho de vernos, e incluso su marido.

Aquella marca le quedaría para siempre, solo ella sabía lo sufrido, pero me convencí bastante en aquella visita de que lo iba a superar, que su esposo la iba a ayudar y en un tiempo próximo volvería la preciosa sonrisa a sus labios.

La noche me permitió descansar, el sonido de los grillos me ayudaba a conciliar el sueño, pero en mitad de éste me despertó algo en mi interior, por la ventana vi de nuevo la luz apaciguadora, la luz que calentaba mi alma, la luz que organizaba mis pensamientos y me llenaba de paz, no comprendía que podía ser aquello, pero para mí era alentadora, hacía descansar mi espíritu en aquellas agitadas noches.

La mañana me encontró de nuevo levantado, preparado para el viaje al encuentro con su majestad, todo un honor en el pueblo, cada vecino se apresuró a darme la enhorabuena, como si aquello fuese a cambiar mi vida a mejor.

Amabel insistió en acompañarme, era toda una experiencia para nuestra familia, no sabía lo que me encontraría, pero mi hermanita quería estar a mi lado y yo encantado de que lo hiciera. Por el camino hablábamos de lo maravilloso que sería vivir en un palacio, rodeado de lujos y sirvientes, la hierba mojada manchaba nuestros estropeados calzados, pronto nos encontramos ante las puertas de la gran casa.

Un pequeño castillo con una puerta enorme en la entrada, varios soldados vigilaban desde lo alto del muro, —¿quién sois?

—Me llamo Régis, y ella es mi hermana Amabel... el rey me ha llamado a su presencia—, respondí.

—Está bien, quédate ahí hasta que os abran.

El sonido de la madera crujiendo me alertó de que abrían la puerta, tres soldados con armaduras nos condujeron hasta el gran salón, en su interior estaba el rey sentado en la silla central, aparte de los soldados que le protegían, una gran multitud se agolpaba allí, muchos de los nobles vecinos y sus familias se concentraban en el salón, llamados por la presencia del rey.

Yo no daba crédito a lo que veían mis ojos, la joven desconocida que robó mi respiración, la que detuvo el tiempo con su belleza, estaba sentada junto al rey, ¿sería su esposa?, ¿o tal vez su hija?, Amabel estaba muy pudorosa tras de mí, estábamos en la presencia del rey, algo inimaginable para unos simples campesinos.

—Bienvenido, como puedes ver soy un rey justo... y agradezco a mi pueblo su colaboración—, me dijo sentado en la silla. Se le veía un poco magullado aún, el salón de la gran casa de Melendo era amplio y lujoso, del techo colgaban varias lámparas de velas encendidas, el suelo dibujaba figuras que jamás antes había visto.

—Su majestad... he venido en cuanto he sido reclamado... le estoy muy agradecido por su invitación—, respondí. Aunque tanto Amabel como yo llevábamos nuestras mejores ropas, éstas distaban mucho de las que vestían los cuerpos de aquellos nobles y sus esposas e hijos. El rey sobresalía entre los demás con sus costuras de oro y peto de buena piel, la joven sentada a su derecha parecía un ángel con el vestido blanco y oro que cubría su perfecto cuerpo, entre sus cabellos recogidos vislumbraba una diadema de brillantes, pero el reflejo de su rostro resaltaba sobre todo el atuendo.

—Dime tu nombre.

—Me llamo Régis, señor.

—Tu valentía me salvo la vida... te he hecho venir para ofrecerte cuanto gustes de mi reino, puedes elegir el tesoro que más se te apetezca... para que todos vean que no soy desagradecido como se rumorea entre la nobleza.

—Agradezco su generosidad, pero el placer de verle vivo es más que suficiente.

—No te he llamado para que me elogies, para eso ya tengo mucha gente a mi alrededor—, decía molesto, —todo lo que deseas te lo ofrezco, y ni mi hija ni yo disponemos de todo el día.

—Perdón su majestad... no supuse encontrarme con tal regalo... desearía un beso de su hija—, dije. Todos en el salón se revolucionaron, se escucharon voces, e incluso risas.

—¿Estás loco?... acaso no me entendiste... te ofrezco tierra u oro, ¿y me pides un beso de Beatriz?

—Entendí de sus palabras que me ofrecía cuanto deseara... considero que nada hay en todo el reino comparable a la princesa.

—No puedo creerme que me salga tan barato... si es lo que quieres—, dijo, —Beatriz acércate a besar a ese joven.

La princesa me miró entre incrédula y molesta, no era normal que una mujer besara en público, mucho menos una princesa a un lacayo, pero lo que más le sorprendió fue dar tanto valor a una mujer, cuando no suponían más que para el uso de sus esposos.

Todos callaron mientras la joven se acercaba a mí, con cada paso que daba mi corazón se aceleraba, su rostro cada vez más cerca me recordaba a lo que supondría vivir en el cielo, las piernas no me sostenían, a menos de un metro podía percibir su delicioso aroma entre sus lujosos vestidos, —cuando te bese no podrás arrepentirte... ¿no prefieres mejores tesoros?—, me susurró.

—Pocos podrán besar sus labios... pocos podrán alimentar su alma con su sabor... pocos serán los que experimenten el reino de los cielos a través de su hermosa piel... no hay en este mundo mayor tesoro que el que solicito—, le dije en voz baja. El rey se impacientaba e incluso hacía ademán por levantarse.

Sus labios tocaron los míos, necesité cerrar los ojos para absorber toda su esencia, la esencia de un mágico beso, unos segundos mantuvo su boca sobre la mía, pero durante el resto de mi vida perduraría aquel sabor en mis recuerdos.

—Basta ya—, dijo el rey, —ya tienes lo que deseabas... Beatriz vuelve a tu asiento—, sentenció. La joven regresó, pero antes me miró extrañada, confundida por mis deseos y no podía retirar su mirada de mi rostro.

—Agradecido me voy... todos sabrán cuan generoso es nuestro rey—, le dije. Quería que mi acto supusiera un antes y un después, que la gente entendiera el verdadero valor de una mujer, una hija o una hermana, que removiera corazones para que se dejase de ver a las mujeres como simples esposas o simples animales.

Al abandonar el salón, Amabel y yo recorrimos un pasillo en busca de la puerta de salida, en el pasillo una joven de apenas diecisiete años nos esperaba junto a la esquina, sus ropas indicaban que era la hija de un noble, vestido azul con múltiples adornos, rubia con sus cabellos recogidos y ojos penetrantes, bastante guapa, por cierto.

—¿Ya os vais?—, me preguntó.

—Sí señora... debemos regresar a casa antes de que anochezca.

—Me ha gustado mucho tu gesto con la princesa... me llamo Clarais, soy la hija de Melendo... tu señora.

—Encantado, si no precisa nada debemos marcharnos—, le insistí. Su mirada era la de una pequeña niña rica, mimada y acostumbrada a tenerlo todo.

—Tal vez quisieras pasar la noche en la casa.

—Agradezco su atención, pero debo regresar con mi hermana cuanto antes.

—¿Eres el hijo de Marie?, el hermano de Marian... dale recuerdos a ella—, decía acercándose a Amabel, —¿cómo te llamas guapa?

—Me llamo Amabel, señora—, le respondió. La joven levantó el mentón de mi hermana para que la mirase.

—Eres una niña muy guapa—, le decía, —pronto te veré yacer con mi padre—, dijo. Mientras lo hacía acarició los pechos de Amabel sobre la tela, bajaba su mano hasta su entrepierna y pretendió meterla bajo la tela.

—Debemos marchar—, le dije. Sujeté la mano de mi hermana y recorrimos el pasillo hasta la salida de la gran casa, Amabel estaba confusa y algo disgustada, todo el camino de regreso traté de animarla.

—No entiendo lo que ha querido decir con eso de que pronto me verá yacer con su padre.

—No te preocupes... ni lo pienses, esa malcriada no tiene sentimientos... no tendrás que volver a verla.

—Me ha gustado verte con la princesa, hacíais buena pareja... tú eres más guapo, pero ella también lo es.

—Beatriz es de otro mundo... no pertenece al nuestro y nunca seremos pareja, pero al menos espero que sirva para algo.

—Lo sé... ¿cuándo vas a buscarte una pareja?

—Cuando crezcas—, le dije mirándola al caminar.

—¿Vas a ser mi esposo?—, me dijo sorprendida.

—No... cuando te cases y vivas con tu marido, antes no os voy a abandonar—, le expliqué sonriendo. Ambos reímos bastante hasta llegar de nuevo a casa.

Causas de miedos

Tres días más tarde, durante mi jornada laboral, una escolta de soldados acompañaba a la princesa, supuestamente a dar una vuelta por las tierras de París, pero lo cierto es que acabó delante de mí, ese día era caluroso y mi torso estaba desnudo, excavando la tierra y de inmediato sus ojos se clavaron en mi abdomen bien definido.

—Qué sorpresa verte de nuevo—, me dijo desde lo alto de su caballo blanco.

—No creo que sea una sorpresa... se ha desviado bastante del camino para poder verme.

—¿Eso es lo que crees?... no pensaba que serías tan engreído, tal vez no te ajustas a lo que creía.

—Eso es una evidencia... perdón señora... no he dicho que no me agrade el desvío que ha tomado para verme.

—Cuidado con tus palabras, estás hablando con la hija del rey... ya has tenido mucha suerte.

—Le pido perdón majestad... es solo que me alegro de verla—, al escucharme decir eso, sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—¿Es cierto lo que se rumorea en la corte?, ¿que para los súbditos es más importante una mujer que para los nobles?

—Pienso que deberían ser iguales para todos... que la mujer es una bendición de Dios y como tal debe ser tratada.

—Tu sueñas despierto... ojalá fuese así, pero no lo es... no somos como los hombres, nunca estaremos a su altura.

—Por supuesto que no... sois diferentes, pero igual a mis ojos... tal vez vos desde vuestra posición podáis hacer más por vuestro género.

—¿Yo?... yo solo puedo obedecer a mi padre, no tengo nada más que ese poder.

—Entonces el beso que me dio... fue obligado por el rey... no significó nada para usted—, le dije. La miré desde el suelo con la cara llena de sudor y tierra, ella sin embargo desde los lomos del caballo, me miraba hacia abajo, con su dulce y angelical rostro, por unos segundos permaneció callada.

—Sigue trabajando—, me respondió. Clavó las espuelas a su caballo y galopó alejándose de mí, la escolta la siguió y mientras se difuminaba en el horizonte, pensé que la había vuelto a ver sin ninguna esperanza, lo que alentaba mi corazón. Puede que el beso despertara en Beatriz un interés hacia mi persona.

Esa misma tarde, cuando el sol dejaba de calentar y la oscuridad comenzaba a adueñarse del valle, me dirigí a casa de Marian, quería estar seguro de que avanzaba en el buen camino con su experiencia, y con su nuevo esposo.

—¿Qué tal te encuentras?—, le pregunté, estaba tumbada en la cama y su mirada no reflejaba la felicidad que había visto, en sus ojos días anteriores.

—Está regular, no se levanta de la cama casi para nada en todo el día—, me dijo Mercero, —le he dicho que debe atender la casa, que así no puede seguir.

—Debes de entenderla más que nunca... vuestra buena relación va a depender, en buena medida, de tu comprensión.

—Mi madre pasó por lo mismo, y mi hermana, pero no fue motivo para desatender a su familia... yo la apoyo, pero tiene que ser más justa conmigo.

—¿Más justa?... ¿acaso te han violado a ti?

—¿Violado?, creo que estás exagerando, la ley permite ese derecho a Melendo, no se ha incumplido ninguna ley.

No daba crédito a lo que escuchaba, si su propio esposo, la persona que se suponía debía defender a su mujer, hablaba así, pocas esperanzas cabrían en esas pobres jóvenes, —es una ley injusta... si mañana el rey dice que todos debemos matar a nuestro primogénito ¿también va a ser bien aceptada?

—No compares... no puedes decir esas barbaridades, no quiero verla molesta, pero o empieza a ser una esposa normal o mal vamos—, me dijo sin dudar en sus palabras.

Con todo lo que hemos vivido, tantas conversaciones durante años y ahora empiezo a conocer a mi mejor amigo, —no te preocupes Marian... esto debe pasar y el tiempo te entenderá... el tiempo te dará la razón... te quiero—, le dije poniendo mi mano en su espalda. Me dolió tener que abandonar la casa con aquella escena, deseaba que pronto se recuperara y volviera la sonrisa a sus labios.

Al regresar por las calles onduladas de la aldea, en la más completa oscuridad, se acercó hasta mí una persona cubierta por una capa gris, no era capaz de diferenciar su rostro, pero de inmediato me di cuenta de quien era, aquel aroma no era fácil de ocultar.

—Princesa... ¿qué hace aquí sola en mitad de la noche?

—No estoy sola, o acaso no sois nadie.

—Podría responder a su pregunta, pero mejor me la guardo... no debería caminar por estas calles en la oscuridad.

—No temáis por mí, un guardia de mi escolta me acompaña... es de total confianza—, me respondió. Ambos nos ocultamos en la más oscura calle, al final de la aldea, ella se sentó en un madero mientras yo permanecía frente a ella.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—No sé el tiempo que permaneceremos en la comarca... todo dependerá del estado de mi padre, sentía curiosidad por tu aldea—, decía con voz melosa, bajo la capucha gris apenas podía resaltar sus rojos labios, su aroma y su dulce voz.

—Me gustaría poder conoceros mejor, pero entiendo de la dificultad.

—Es cierto... pero siempre hay formas de hacerlo... ¿querías saber si el beso fue obligado?

—No es necesario que me lo aclare, entiendo que para vos pudo ser incómodo... yo solo quería probar lo que nunca tendré a mi alcance, no sé... la miro y en mi interior se desata una tormenta... no se ofenda, pero veo algo bueno en su interior.

—No me ofendo por eso... me gustaría que me llamasen Beatriz... quiero que sepas que eres la primera persona a la que he besado... y sí, fue obligación, pero también he de decirte que me gustó.

—Su pueblo necesita de usted... Beatriz debe hacer lo posible por cambiar la forma de ver a las mujeres desde la corte del rey—, decía al ser interrumpido. Se levantó y se acercó hasta mí, se descubrió la cara, sus ojos eran espejos de un alma limpia y bella, su palidez contrastaba con sus bellos colores en sus labios, quedé exhorto ante su presencia, me besó ante mi inmovilidad,

degustó mis labios y los envolvió con los suyos, toda mi piel se estremeció con aquel beso, el cielo y la tierra se separaron, dándome gran placer de libertad.

—Este no ha sido obligado—, me susurró. Me miró a los ojos, como queriendo descubrir algo en mi interior, y luego desapareció en la oscuridad, no pude ni decirle adiós, no tenía palabras en mi boca, únicamente el sabor de sus labios; toqué los míos y emitieron una sonrisa, necesité sentarme un momento para recobrar la realidad, luego me encaminé a casa en silencio.

Casi todas las noches siguientes me encontraba con la princesa a escondidas, no me había equivocado con ella, mi corazón me guio hasta la mujer más sincera que pudiera haber encontrado, desde luego no era ignorante, y ambos sabíamos que nuestros encuentros no serían eternos, pero por el momento disfrutaba de su compañía cada noche, por unos pocos minutos, pero muy intensos.

La sexta noche, de esos encuentros fue mágica, la luna parecía querer acariciar nuestros cuerpos, el manto de estrellas que cubría el cielo nos proporcionaba cobijo, ante tanta maldad de nuestra sociedad.

—¿Te apetece dar un paseo por la orilla del río?—, me preguntó.

—¿No debes regresar junto al rey?—, le dije. Su sonrisa cómplice me hizo ver que algo en su interior estaba despertando, algo parecido a lo que ya había levantado en mí.

—Tengo tiempo... cuando regreso todos duermen—, soltó. Ambos nos subimos a su caballo y nos dirigimos al río, estaba disfrutando como una niña, como una niña liberada, era como si hubiera regresado a los años de travesura, aquellos años en los que la risa es sincera, es limpia como si aún el alma no se hubiera corrompido. Al llegar la ayudé a bajar, sujetándola de la cintura y acercándola hasta mi cuerpo.

—Cuan bella eres... no hay estrellas suficientes en el cielo, para contar las veces que te lo diría, las veces que te miraría... las veces que te besaría—, le susurré. Ella solo se dedicó a mirarme con sus inquietos ojos, a observarme bajo la tenue luz que alumbraba nuestros cuerpos.

—¿Qué te lo impide?—, me preguntó al rato.

—Que no seas dueña de tu cuerpo... que le pertenezca a tu padre—, solté. Aquellas palabras, aunque sinceras le dolieron bastante, en seguida noté la decepción en su mirada.

—Todavía no te has dado cuenta de que estoy frente a ti... de que lo hago por decisión propia.

—¿Y cuando te regreses a Palacio?... ¿qué haré yo?

—¿Prefieres entonces que no vuelva a verte?, si es así lo haré... pensaba que estabas dispuesto a dar más que los demás por una mujer.

—Y lo estoy... doy mi vida por cada segundo que pase junto a ti... durante el día sonrío pensando en que pronto te veré, aun sabiendo el corto tiempo, o el riesgo que te supone... mi miedo es no saber vivir sin ti—, susurraba.

—Compartimos pensamientos, disfrutemos de estos tiempos—, me dijo. Sus labios deseaban mi calor, los míos ansiaban su sabor, un beso, solo le llaman un beso, pero para mí es el tesoro más codiciado que un hombre puede obtener.

Una de las noches en que Beatriz se ausentaba de la gran casa, al regresar bastante tarde, Clarais la asaltó en el pasillo cerca de sus aposentos.

—¿De dónde venís tan tarde, Señora?—, le preguntó con mirada malévola.

—Necesitaba pasear... me ahogo en esta casa encerrada todo el día.

—¿El patio no dispone de suficiente aire para vos, Señora?

—No creo que sea de su incumbencia mis paseos... ¿no lo cree?

—Por supuesto... es sólo que una princesa no debe andar de noche por las aldeas... me preocupo por su seguridad.

—Para eso dispongo de mi escolta... no se preocupe y tenga cuidado con lo que supone... no olvide nunca con quien está hablando.

—Lo siento majestad, no quería molestarla... buenas noches.

Beatriz se retiró a su habitación, Melendo se topó con su hija, la cual no tardó en desvelar las salidas nocturnas de la princesa, el noble no hizo otra cosa que mandar a seguirla la próxima vez que lo hiciera, eso hizo que pronto dispusiera de información relevante para su retorcida mente.

—¿Puedo pasar majestad?—, preguntó Melendo desde fuera de los aposentos de Beatriz. Ya tenía cuanto necesitaba y quería usarlo en su beneficio.

—Es tarde Señor, ¿qué es lo que desea?

—Si su Señora está visible me encantaría conversar un instante.

La princesa estaba ya en enaguas, pero se enfundó en su lujosa bata para dar entrada al viejo, —dígame pronto lo que desea, estaba a punto de acostarme.

—Bueno... es un tema un poco delicado... no sé muy bien como comentárselo para que no se malinterprete.

—Usando la boca, no puedo perder mucho el tiempo.

—Verá... he podido comprobar que se ve usted a escondidas con un siervo... de la aldea oeste, yo no soy nadie para juzgarla Señora, pero a su padre no le gustará conocer esa noticia.

—Ni la va a conocer... ¿qué pretende decirme?

—Bueno Señora, yo puedo guardarle el secreto... e incluso puedo cubrirla, entienda que es bueno tenerme de su lado, pero también querría algo de su majestad.

—¿Qué podría darle yo?—, preguntó molesta.

—Su esencia... solo le pido eso y como puede comprobar no es nada caro para vos.

—¿Qué esencia?... ¿de qué habla?, no le entiendo.

—Ve este frasco de cristal—, decía mostrándole el botecito que sacó de su bolsillo, —solo quiero unas gotas de su esencia, del néctar de su placer, ¿me comprende?

—¡Eso está totalmente fuera de lugar!—, exclamó, —¿cómo se atreve a pedirme tal cosa?... ¿acaso a olvidado que soy la hija de su rey?

—No... únicamente supuse que le gustaría tenerme de su lado, que no en frente... disculpe si la ofendí.

—No le disculpo... eso lo obtendrá con la ley que le permite usar su derecho a acostarse con las jóvenes casaderas, pero usted está hablando con Beatriz, hija de Hugo el grande.

—No se ofenda... ya me voy y la dejo descansar, no debí hacerle tal proposición—, dijo. Salió de los aposentos, pero la preocupación se apoderó de la princesa, ¿sería capaz ese hombre de descubrirla ante su padre?, la respuesta era clara.

Beatriz se sujetó del madero de la cama, pensativa e indignada, sabía que la palabra de Melendo tenía mucho más poder que la suya propia, incluso delante de su padre. Se sentó en el cómodo colchón, por unos instantes el pensamiento de aceptar la propuesta de Melendo rondó su mente.

Pero lo que había hecho que se enamorara de mí, era la defensa de las mujeres en cuanto a esas cosas, no iba a traicionar su propia conciencia, estaba dispuesta a luchar por que los derechos de las mujeres sobre su cuerpo comenzaran a vislumbrar algo de luz en un horizonte tan oscuro.

Pronto supo Beatriz que Melendo la había vendido, su enojado padre se acercó de inmediato a la habitación donde dormía, su enfado era mayúsculo, tanto que abrió la puerta sin tan siquiera llamar.

—¡Beatriz despierta!—, gritó, —¿así me pagas todo lo que te he dado?... ¿ser mi ojo derecho?

—Padre no he hecho nada de lo que te avergüences.

—Eso lo doy por hecho... no me imagino entregándole tu virtud a un campesino—, dijo cerrándole la ventana.

—¿Por qué no puedo conocer gente fuera de la nobleza?

—No me enfades más... ¿no me vas a dejar recuperarme de mis heridas?... no saldrás de tus aposentos durante tres días—, soltó. Todo lo dejó a oscuras y en el exterior un guardia se encargaría de que cumpliera el castigo.

—Sabes que te obedeceré... no te hace falta el guardia.

—Se quedará en la puerta... a los tres días podrás salir, pero bajo vigilancia... eso es lo que tengo que hacer para ganarme tu respeto—, dijo. Mientras salía, en su mente solo un pensamiento, “no me salió tan barato el beso como pensé”.

—Lo siento padre—, dijo ella. Se quedó a oscuras en sus pensamientos, ahora no volvería a verme, pero ese encierro no podía hacer más que aumentar el deseo, el amor que ya germinaba en su corazón.

Deseos inconfesables

No comprendía como la princesa se olvidó de mí de la noche a la mañana, mis pensamientos me decían que era así, pero mi corazón entonaba otra canción, seguramente le habrían prohibido verme y eso me traería consecuencias futuras.

El tiempo me agobiaba, me incitaba a reflexionar, las labores del campo ya no solo destrozaban mi cuerpo, sino también mi alma, al no poder acudir a su encuentro, solo la lluvia me daría esa oportunidad, pero por el momento el sol se encaprichaba en calentar la tierra.

Las noches eran largas y solo el recuerdo de sus besos me alentaban, al igual que la paz que me reconfortaba al ver en mis recuerdos la luz apaciguadora, que hacía semanas no veía. En el comedor, junto a mis dos mujeres preferidas, cenábamos en silencio, desde que Marian se casó un halo de luz tenue inundaba nuestras vidas.

—No quiero más tristeza... vamos a disfrutar de lo que tenemos—, saltó Amabel. Tenía mucha razón en sus palabras, estábamos juntos y vivos y nada nos faltaba, tal vez no disponíamos de comodidades, pero sí de mucho amor que repartir.

—Amabel tiene razón... el tiempo lo modifica todo, pero no tiene que ser para peor, ahora disponemos de más espacio para dormir—, dije con una sonrisa.

—¿No crees que deberías cortarte el pelo?—, me preguntó mamá. Siempre me gustaba tenerlo largo, por los hombros y era cierto que ya necesitaba un corte.

—No tengo tiempo—, le dije, —cuando pasen unos días.

—No, te lo voy a cortar ahora—, respondió ella. Parece que sus gestos eran más suaves, más alegres y a Amabel también le hacía ilusión ver cómo me cortaba los cabellos, a la luz de una vela.

—Está bien... córtamelo, ¿sabes algo de Marian?—, pregunté. Entendí que era el mejor momento para saber de ella, con Beatriz no había dispuesto de mucho tiempo para visitarla. —Está mucho mejor—, me respondió Marie.

—Yo la vi ayer y estaba feliz de verme... en el mercado—, saltó Amabel con una sonrisa. La vela se consumía y la noche invitaba al sueño.

Esa noche el tiempo me acompañó, unas pequeñas gotas comenzaron a golpear el tejado, me ilusionó pensar que pudiera ser una tormenta, desde la cama miraba como Amabel dormía profundamente, el sonido de la llovizna era un canto en mis oídos, una esperanza de poder ver a Beatriz. No me resultaría fácil, pero trataría de entrar en la gran casa y buscarla sin ser visto, recordaba las veces que le dije a mi hermanita que las mujeres hacían tonterías por amor, ahora era yo quien las tenía en mis pensamientos.

La mañana trajo consigo una tormenta terrible, los relámpagos encendían el cielo, pero al mismo tiempo calentaban mi corazón, —voy a salir.

—¿Dónde vas con el aguacero que está cayendo?—, me preguntó sorprendida mi madre.

—Seguro que a ver a alguna chica... ¿dónde si no?—, soltó Amabel mientras desayunaba su trozo de pan.

—Tengo que recoger madera para trabajar en la carpintería—, les dije. Salí al establo para montar a negro y sin pensarlo detenidamente golpee en la barriga al caballo, al galope me dirigí a la gran casa, Beatriz me había hablado de su habitación, sabía dónde estaba y pretendía verla, aunque fuese a través de una de las ventanas.

El día era oscuro, como el corazón de Melendo, el agua caía abundante y seguí andando hasta la ventana de la princesa, lancé unas piedras hasta que al fin se asomó, —hola.

—¿Qué haces ahí?... si te ven estás muerto.

—Y qué muerte puedo tener más dulce que admirándote—, le dije. La vi alegre y sonriente, bella como siempre, pero atrapada en su propia vida, —me han prohibido verte... espera un momento—, dijo. Entró dentro de sus aposentos, mientras yo buscaba la forma de subir por el muro, la ventana era grande, pero cubierta de hierros, al poco rato volvió a aparecer, su rostro estaba diferente, seria y algo triste.

—Quiero que te vayas... no comprendes que no eres digno de mí—, me dijo. No daba crédito a esas palabras, supuse que sería una broma, pero ante mi inmovilidad prosiguió con su discurso, —que te vayas, no voy a salir otra vez para perder el tiempo con un pobre que no tiene ni para ropa.

—¿Por qué me dices eso?—, pregunté sorprendido. Sus gestos más bien reflejaban pena, su mirada me invitaba a rescatarla, pero sus palabras a abandonar todo intento de volver a verla, tal vez tenía razón y mis sueños eran demasiado peligrosos. Con todo mi cuerpo empapado en agua, mis humildes ropas encharcadas y mis cabellos deslizándose el líquido hasta los hombros, me pareció percibir un guiño de Beatriz.

Puede que alguien estuviera con ella en la habitación, eso alegró mi corazón, pero entristeció mi espíritu, gracias que la lluvia se confundía con las lágrimas que descendían por mis mejillas, ¿cómo había podido pensar que aquella historia de amor tendría un buen final?

Decidí poner fin a aquella visita, con la idea de que nunca más volvería a verla, no debía poner en peligro su vida y tampoco la mía, prometí a Amabel cuidar de ella hasta su boda. Con esos pensamientos regresé hasta donde amarré a negro y volví galopando hasta mi casa.

En los aposentos de la princesa estaba el propio rey, el padre de la joven y éste la había obligado a decirme todo aquello, —no entiendes nada de la vida... ¿cómo te has enamorado de un plebeyo?

—Padre... no le hagáis daño a Régis.

—Yo me debo a mi pueblo, no es mi intención matarlos, pero comprende que si sigue actuando así... no me dejará otra opción, aunque no quiera.

—Él solo pretende conocerme, pasar tiempo juntos... ¿qué hay de malo en eso?—, le preguntó. Beatriz estaba cansada de la vida de princesa, siempre encerrada en palacios y rodeada de gente pudiente.

—Tu destino está ya escrito—, decía el rey sentándose junto a ella en la cama, —pronto te desposaras para crear un vínculo con las tierras del Este.

—Siempre le he obedecido... y lo seguiré haciendo, pero en estas semanas he podido comprobar, incluso de primera mano, como se abusa de las mujeres cuando se casan... no es justo para ellas la ley de la prima notte.

El rey se sorprendió, —esa ley es más antigua que nosotros, es un derecho y un deber... no es algo que me guste porque soy padre... pero no está en nuestras manos.

—¿Qué poder tiene la corona si no puede modificar las leyes para beneficio de su pueblo?

—Cuando se otorga un nuevo beneficio al pueblo, se le resta a la clase noble... las casas

feudales no están dispuestas a soltar ninguno de sus derechos, las guerras siempre surgirán cuando eso ocurre, y es lo que debo evitar—, dijo. Puso su mano en la cabeza de su hija, la miró con algo de tristeza mientras susurraba sus palabras.

—Va siendo hora de ayudar al pueblo, creo que se podría hacer más por ellos.

—¡Beatriz!... no me obligues a encerrarte hasta tu boda, comprende que es imposible y que no voy a poner en peligro el reino por esa estupidez.

—Lo siento padre, no quería enfadarlo... para los hombres puede ser una estupidez, pero para las mujeres no, perdóneme si le ofendo—, soltó cabizbaja. El rey se levantó ayudado de una muleta, la miró antes de abandonar la habitación, —no puedo hacer nada—, dijo al cerrar la puerta.

Beatriz se asomó a la ventana, llovía y miró al horizonte, pensativa se sujetó a los hierros que la separaban de la libertad, una lágrima recorrió su mejilla y asumió su destino, diferente al que pretendía su padre, o al menos eso pensó en aquel momento.

Al día siguiente los siervos de Melendo se presentaron en la aldea, con ellos estaba el noble y su hija Clarais, buscaban transmitir algo de miedo entre el poblado, no quería que se originase una revuelta en torno a las ideas que comenzaban a surgir, se acercó a la casa de Marian, donde ésta les recibió con gestos de enfado, pero correcta como era su deber.

—Veó que tu hermano está revolucionando el gallinero... ¿es que acaso te traté mal en mi casa?—, le preguntó estando ésta junto a su esposo.

—No Señor... obtuve un trato más que correcto—, respondió mi hermana cabizbaja.

—No quiero mal para vosotros, pero convenced a Régis para que abandone toda idea contra nuestras leyes... no quiero que le ocurra nada, ¿me entiendes?—, le preguntó.

—Por supuesto Señor, él no ha tramado nada en su contra, solo las malas lenguas hablan de lo que no saben Señor.

—Acaso ¿estás diciendo que yo me lo estoy inventando?—, saltó Clarais, —lo he visto con mis ojos y lo he escuchado con mis oídos, no nos tratéis de tontos—, dijo. Se acercó a Marian y la sujetó del pelo para que levantase la cabeza, —no pretendía ofenderla—, dijo Marian asustada.

—La próxima vez vendremos a hablar con él directamente, déjasele claro—, insistía la joven rubia. El padre observaba como su hija estaba cumpliendo con los deberes que debían ser de sus hijos, estaba sentado en una silla cuando entró Amabel. Melendo se levantó y se acercó hasta ella, la cual se había quedado en la entrada sorprendida por la presencia de la multitud.

—Qué ganas tengo de que crezcas—, dijo el anciano sujetándole el cuello. La jovencita no se inmutaba, casi no respiraba cuando el hombre metía sus manos para el vestido para acariciarle la piel.

—Déjala—, dijo Marian, —es una niña.

—Una niña capaz de traer al mundo ya a sus propios hijos... no la voy a hacer nada de momento, pero pronto la tendré en mi cama—, dijo. Clarais sonrió con gestos lujuriosos, la maldad del padre sin duda se había transmitido a sus genes, —quemad esta casa, hay una plaga.

Los dos hombres que acompañaban a Melendo, metieron fuego a la choza de madera desde el interior, Marian y su esposo, junto con Amabel, salieron corriendo y observaban como el fuego consumía su hogar, sin poder hacer ni decir nada. En cuanto los caballos se alejaron con el noble y sus acompañantes, muchos fueron los que salieron de sus casas para tratar de apagar las llamas.

La amenaza a mi familia me enfureció, pero calmaron mis ánimos todos aquellos que deseaban paz en la aldea, incluida mi madre Marie, la cual no podía ver a su hijo ensartado por una espada, estaba solo y poco podía hacer yo contra un reino, en lo que sí podía colaborar era en la construcción de un nuevo hogar para Marian y su familia. Todo el pueblo colaboró de hecho y

durante las pocas horas nocturnas que nos quedaban libres, reconstruimos la vivienda en pocos días.

Una visita inesperada recibí en la noche de festejos, todos los años celebramos el comienzo de la primavera, es una excusa para poder beber y estar juntos todos en la aldea, pero al menos ese día toca descanso, me alejé del pueblo como guiado por aquella tranquilizadora luz sobre el cielo, sobre el valle veía las luces de la aldea y escuchaba la música, una voz en la oscuridad impulsó mi corazón, —buenas noches.

Me giré de inmediato y allí estaba Beatriz, como un ángel blanco en la oscuridad, con sus ojos brillantes y sus labios rojos, ataviada con prendas de campesina, —¿cómo es que estás así vestida?

—En la guardia tengo algunos cómplices... ¿no te gustan estas ropas?

—La ropa no es lo que te hace bella... es tu corazón—, le dije, —tu bondad y tu amor... y por supuesto tus bellísimos ojos.

—El otro día tuve que hablarte de esa manera... estaba acompañada.

—Me lo imaginé... pero no deberías estar aquí, es muy peligroso, hay miradas y oídos que hablan...

—Necesitaba verte, aunque fuese un momento—, me calló. Se acercó a mí y de nuevo sus labios envolvieron los míos, regalándome calor en todo mi cuerpo, cubriendo de deseos todo mi ser, su mirada alentaba a mi alma, —yo también—, susurré.

Ambos caímos al suelo, bajo el manto de estrellas, nos besamos como incautos, la sujeté de la cintura y la subí sobre mi cuerpo, sonreía mientras mordía mis labios, mi mano se deslizó muy lentamente por su cintura, alcancé a tocar su trasero sobre la tela del pantalón viejo, ella se reclinó y me miró cuando besaba su cuello, aquella parte de su cuerpo ya traspasaba el lugar donde nunca había estado ningún hombre.

Por unos segundos no dejé de observarme, luego volvió a inclinarse para besar mis labios, yo la besaba en su cuello y en sus lóbulos, pero mis manos buscaban alcanzar su calidez, siempre sobre el tejido, pero el calor que emitía desde su entrepierna guiaba mis manos hasta su reino del placer.

Un gemido salió de su boca, cerró los ojos y de inmediato se levantó, —debo irme.

—Siento si te molestó que te tacase... me dejé llevar.

Entre suspiros me dijo, —no me molesta... me da placer, pero debo irme.

Me volvió a besar intensamente y se marchó, en la oscuridad escuché al menos el correr de dos caballos, tal vez era cierto que debía marcharse, pero me sentía culpable por haber hurgado entre sus muslos, ella era la princesa y yo solo nadie.

Antes la muerte

La situación se volvía cada vez más insostenible, los rumores anunciaban lo que ya muchos daban como un hecho, Amabel estaba cada día más apagada, y yo ya no sabía muy bien como cambiar su actitud.

—Cielo... ¿puedo hablarte?—, le pregunté. Ella estaba acostada en su cama, me miraba casi sin verme, alguna cosa en su mente la aterrorizaba, pero como casi todas en su situación, pocos las escuchaban en sus miedos.

—Claro que sí Régis... estoy despierta.

—¿Qué te atormenta?, hace días que no te veo sonreír.

—Melendo me tocó... no pude hacer nada y tampoco pude evitar que quemara la casa de Marian.

—Eres una niña... ¿qué ibas a poder hacer tú?—, le dije mientras la miraba con pena, aparté el pelo de su frente y acaricié sus mejillas con mi mano.

—Prefiero la muerte antes que estar en la casa con Melendo... me asusta pensarlo, todas las que van a su casa vienen tristes, yo no quiero ir.

—No lo tendrás que hacer... te prometo que buscaré la forma de evitarlo, no dejaré que te toque.

—¿Me lo prometes de verdad?—, me preguntó con una media sonrisa, —sabes que siempre he confiado en ti... no quiero que me engañes.

—Siempre que te he prometido algo lo he cumplido, ¿no?... esta vez no va a ser diferente... juro que no tendrás que pasar por las manos de ese canalla.

—Gracias... eres el mejor hermano del mundo—, me dijo. Aquellas palabras se me clavaron en el corazón como se marca un ternero al hierro caliente. Al dejarla sola y casi dormida, me encontré a mamá fuera, escuchando desde la puerta, —no deberías prometerle eso—, me dijo.

—Pienso cumplirlo—, le respondí. Para ella era difícil de creer, pero un nuevo propósito en mi vida había nacido en mi corazón, estaba dispuesto a todo porque al menos mi hermana pequeña no cayera en las manos del anciano.

—¿Y cómo piensas hacerlo?... no te imaginas lo complicado que será cambiar esa ley—, me dijo. Se alejó de mí para sentarse frente al fuego, las noches aún eran frías, yo la seguí y puse mi mano sobre su hombro, —únicamente sé que lo voy a hacer... cueste lo que cueste.

—Ya... ojalá—, me respondió. Luego guardó silencio, un silencio únicamente roto por el sonido de la leña ardiendo, por los grillos que cantaban en el exterior.

—Buenas noches—, le dije antes de abandonar el salón.

La mañana trajo consigo el cambio definitivo en nuestras vidas, el rey había dado orden de arrestarme, seguramente se enteró de que estuve con la princesa la noche anterior, Clarais estaba muy pendiente de los movimientos de Beatriz, gracias a algunas amistades que tenía en los lacayos

de Melendo pude enterarme antes de ser detenido.

—He de irme—, le dije a mi madre.

—Nosotras nos vamos contigo... si nos quedamos solas harán lo que les dé la gana con nosotras, pero quiero luchar a tu lado—, me decía, —cueste lo que cueste.

No las iba a detener, y seguramente sería mucho más seguro para ellas huir junto a mí; al salir de la casa unas veinte personas me esperaban fuera, recuerdo perfectamente la cara de Marian y Mercero, Antuane y su esposa con los dos hijos, sin olvidarme de Jorge el inglés y sus tres hermanos.

—¿Hacia dónde nos vamos?—, preguntaron.

—Vosotros no debéis involucraros, esto no va con ustedes.

—Esto va de nuestras familias, estamos dispuestos a dejar esta vida atrás... te seguiremos, pero no por ser quién eres, sino persiguiendo una esperanza—, me dijo Mercero. Lo cual agradecí dado el hecho de que pensaba que sería un hombre, o un esposo incomprensivo con mi hermana.

—Yo voy al Sur, a los bosques que hay junto al lago.

—¿Cerca de la casa pequeña de Melendo?

—Es el mejor lugar para refugiarse... esa zona poco a poco dejará de ser de Melendo—, dije. Mi madre me entregó la espada que cubría con una manta, la desenvainé y el brillo de su hoja, la luz que emitía nos dio paz y tranquilidad a los que pensábamos salir de inmediato.

Varias carretas se llenaron de los aldeanos, al cruzar las calles poco a poco se subían más gente a esas carretas, hasta cincuenta o sesenta personas conté, cogí la mano de Amabel y la subí a mi caballo, cuando sentí como me abrazaba espolee a negro y avanzamos hacia una nueva esperanza.

Puede que huir fuera un acto por miedo a ser arrestado, pero cada paso que daba el rey le costaba un mayor precio, hay que dar pasos para cambiar el mundo, no se puede cambiar solo con pensamientos, hay que actuar.

—Creo que este es un lugar perfecto—, dije ayudando a Amabel a bajar del caballo, bien entrados en el bosque, nosotros conocíamos bien aquellas tierras, los árboles nos darían refugio y nunca tendríamos un poblado por más de dos días en un mismo lugar, las carretas las adecuamos para que fueran nuestras casas móviles, comenzamos a equiparnos con armas, era muy importante para defendernos, la fabricación de arcos y flechas.

No podía dejar de pensar en Beatriz, pero ahora que había desaparecido tal vez la dejaran en paz, el dolor de no poder volver a verla se transformaba en ira hacia Melendo, Clarais y sobre todo, hacia Hugo, el grande.

Nos llegaban rumores de que el rey me buscaba por robo, no era capaz de decir la verdad, y en el fondo me alegraba no poner en entredicho la virtud de la princesa; pasamos varias semanas apartados en el bosque, de vez en cuando algunas personas se acercaban para unirse a nosotros y traernos materiales y comida, cultivábamos nuestros alimentos y criábamos nuestros cerdos, cada vez poseíamos mayores destrezas en las armas y en las emboscadas, seguramente el rey no se esperaba que poco a poco, una pequeña rebelión le explotaría en sus narices.

—¿Qué piensas hacer?—, me preguntó Marie mientras cenábamos. La oscuridad en el bosque era total, debido a nuestra situación debíamos ser cautos con el fuego durante las noches, y el calor de esa época tampoco hacía recomendable sentarse frente a un fuego.

—Debemos actuar, nada sabemos del rey o sus tropas, pero debemos hacer visible nuestra campaña... puede que eso aliente a más personas a seguirnos.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Según Jorge, Clarais está en la casa pequeña, puede que sea nuestra oportunidad para dar un

fuerte golpe sobre la mesa a Melendo, solo cuatro lacayos la protegen y no será difícil secuestrarla.

—¿Piensas asesinar a una mujer?—, me dijo seria.

—No, aquí no asesinamos, pero le puede enviar un mensaje a su padre, y a la vez que la gente vea que estamos preparados para luchar por nuestros derechos... creo que son demasiados los deberes y pocos los derechos de los que mantenemos a los nobles con sus riquezas.

—¿Cuándo piensas hacerlo?—, me dijo. —Mañana, no sabemos el tiempo que tendremos para actuar, puede que solo esté de paso... cogemos todo lo que necesitamos de su casa.

—Entonces esto va en serio... no habrá vuelta atrás.

—Todos estamos convencidos de lo que vamos a hacer, ninguno quiere quedarse escondido para siempre... hay que actuar y es el momento.

En la siguiente mañana, diez de los nuestros nos dirigimos a la casa de Melendo, antes del mediodía estábamos a las puertas, no nos esperaban y eso era una ventaja para nosotros, en la puerta había uno de los escoltas, con una flecha le atravesé el corazón, cayó al suelo y aquello me llenó de temor, ¿quién era yo para quitar la vida a nadie?, pero también nos armó de valor hacia un objetivo común, hacia un nuevo mundo sin retorno.

No nos fue difícil llegar hasta la joven, la cual había cumplido ya los dieciocho años, estaba asustada pero con la cabeza alta, la soberbia no le permitía pedir clemencia; recogieron todo cuanto pudieron cargar mientras yo me quedé para atar a la joven, el pomposo vestido celeste con encajes en las mangas y cuello, junto al recogido con diadema de sus rubios cabellos, no hacían juego con las cuerdas que ataban sus muñecas, la ayudé a montar en su caballo, negro como la misma noche, un bellissimo animal de largas clines.

—Estás firmando tu sentencia de muerte—, me dijo desde lo alto del jamego.

—Puede ser, pero tú más que nadie deberías comprender nuestra lucha... eres mujer y no comprendo como defiendes que las mujeres sean violadas en su noche de bodas.

—¿Las mujeres?... ¿de verdad crees que son mujeres?, como se nota que nunca has estado con una mujer de verdad... vosotros sois animales y esto mismo lo demuestra.

—En tu posición deberías ser más cauta en tus palabras, no creo que debas hablar así.

—Que pronto olvidas hablarme con respeto... la última vez que hablamos me decías señora.

—Lo siento señora... voy a taparle la cara con este trapo negro, así no se estropeará el peinado, señora—, le dije. Cubrí su bello rostro con un saco para que no pudiera descubrir nuestro paradero, mi intención era la de soltarla para dar un aviso a su padre y al rey.

Al llegar al asentamiento, estaban todos preparados para un nuevo cambio de posición, muchos se alegraron de ver a Clarais atada, y mucho más alegres por los regalos que recogimos de su casa.

—Hija de zorra—, le dijo Marian en cuanto se le acercó.

—Otra cerda más... ¿ves lo que te digo, a esto puedes llamar mujer?... llamar mujer a esta solo haría más que ofender a mi género.

—Mátala—, decían algunos. En especial Marian, pero Amabel se acercó hasta el alboroto y dijo, —si la matáis no seréis mejor que ella, incluso peores... debemos formar una civilización más justa, no más asesina—, dijo. Sus palabras me llenaron de alegría, era la nueva generación y hablaba con justicia y verdad.

—Pues déjamela a mí... quiero que sepa lo que se siente mientras te violan y te observan como en un espectáculo—, insistió Marian.

Las palabras de mi hermana mayor eran confusas para mí, ella hablaba desde el dolor y era comprensible, la mayoría la apoyaba porque eran quienes más habían sufrido los acosos de esta

familia, me resultaría difícil proteger a Clarais, e incluso dudé en si había hecho lo correcto trayéndola ante ellos.

—Clarais no va a morir... de hecho, va a ser enviada con su padre para que le transmita un mensaje—, decía. Pero las voces estaban cada vez más exaltadas.

No encontraba la manera de persuadir al poblado, querían descargar su rabia acumulada con ella, —está bien... será vuestra esta noche, pero su vida no se negocia... no somos asesinos, aunque entiendo que para vosotros es difícil dejarla ir.

Aquello les contentó por el momento, yo desde luego no quería participar en cuanto hicieran a la joven; al caer la tarde me refugié en mi cabaña junto a Amabel, Marie también quería ver qué pasaba con Clarais.

—Espero no haber alimentado al monstruo—, le dije a mi pequeña hermana.

—Tú eres noble y bondadoso... demasiado sensible para una guerra, pero yo creo en tu justicia, y deseo con toda mi alma que nunca cambies en tu corazón—, me dijo. Su mirada era la de una dulce niña, me emocionó con la madurez que hablaba, me refugié en sus brazos, besé su frente y nos apartamos del escándalo de fuera.

Durante la noche el ruido cesó, cuando dormía Amabel salí al exterior, no quería imaginar más lo que habría sucedido y decidí comprobarlo por mí mismo; la profunda oscuridad no me permitía ver nada, todos dormían y al caminar encontré el vestido destrozado de Clarais en el suelo, avancé unos pasos y los tejidos desgarrados estaban por todo el piso, advertí entonces una figura bañada por la luz de la luna.

Me acerqué y me alegré de ver a la joven viva, sin un rasguño en su cuerpo, eso sí, completamente desnuda y atada a un árbol, la calor de la noche la protegía del enfriamiento, con los brazos en alto y apoyada en sus pies, la tenue luz de la noche me mostraba el brillo de su piel desnuda, sus pechos elevados y voluminosos y gran cantidad de vello en su bajo vientre, —¿esto es por lo que luchas?—, me dijo bastante más abatida.

—No... precisamente es esto lo que quiero evitar, pero tanto tu padre como tú habéis alimentado durante años el odio entre vuestros siervos.

—Si no mantienes a raya a la alimaña sucede lo que ha sucedido... no sois mejores que nosotros y te aseguro que pagaréis por esto.

—No me siento orgulloso, pero tú también podías pedirles perdón, pedir clemencia.

—Jamás haría eso... ¿tú le pides perdón a tu caballo?... ¿a tus perros?—, me respondió sin un atisbo de culpa en su delicado rostro.

—Esas palabras no te van a ayudar... no creo que estés en condiciones de seguir humillándonos, lo siento, no puedo hacer nada con vuestras actitudes—, le dije y me regresé a dormir.

—No os pido que me ayudéis, ya cobraré mi venganza—, escuché decirme mientras me alejaba.

La mañana siguiente me trajo esperanzas de que los ánimos estuviesen más calmados, con la luz del día pude ver la agresión con la que desnudaron a la joven, seguía atada en el mismo árbol donde la dejé por la noche, —soltadla... quiero que se vaya a casa con Melendo.

—La mandaremos a casa, pero todavía no—, me dijo Marian. Sus ojos no habían cambiado, estaba bastante cegada por el mismo odio.

El caballo negro de Clarais estaba atado a un árbol, varios de los aldeanos tenían sus yeguas junto al macho, éste relinchaba bruscamente y buscaba montar a las hembras, —¿qué tenéis pensado hacer?

—Anoche lo decidimos... nadie la ha tocado como dijiste, pero su caballo le va a dar tanto

placer hasta que se jacte en toda su vida.

—¿Estáis locos?... la va a reventar—, dije molesto.

—La vamos a atar debajo del caballo, luego que cubra a las hembras—, me decían sin control.

—No... eso la matará, si se monta sobre la yegua la estrujará, ¿de dónde habéis sacado esa idea?—, traté de convencerlos.

—Es lo que merece... nos tratan como a animales, pues que se cumplan sus deseos.

—No estamos aquí para ser igual que ellos, es todo lo contrario por lo que luchamos... si ella muere renunciaré a todo por lo que creo.

—Está bien... la mandaremos con su padre, pero a nuestra manera—, gritaron.

Desataron a Clarais y la situaron junto al agitado caballo, desnuda la tumbaron en el suelo bajo las patas del jamelgo, pensaba que la iba a pisotear, la gente estaba como loca; ataron una cuerda en su mano y otra en su pie, Clarais no decía nada, ni un gesto de dolor ni de miedo, lanzaron la cuerda sobre el lomo del caballo, la subieron y ataron los extremos a su otra mano y pie.

El cuerpo desnudo de la chica quedó pegado a la barriga de su animal, barriga contra barriga, apretando sus pechos contra el pelaje del animal, el miembro excitado del caballo golpeaba sin cesar en las nalgas de Clarais, su sexo abierto se restregaba contra el pelaje de la bestia, el cual se alzaba de manos buscando cubrir a las yeguas.

Clarais me miraba sin gestos en su rostro, como si no fuera con ella la cosa, no podía seguir mirando la escena y me acerqué hasta ella, golpee con una vara el lomo del animal varias veces, hasta que abandonó al galope el asentamiento, dirección a la gran casa de donde conocía el camino, —¡espero que os hayáis quitado la ira y la rabia con esa chica, será la última vez que consiento algo parecido!... me habéis elegido para ser vuestro líder, y así no es como vamos a luchar por nuestros intereses.

Jorge el inglés se acercó a mí, se dirigió a los demás y dijo, —es cierto que te hemos seguido, pero debemos estar seguros de que estás dispuesto a ver cosas como estas, muertes, masacres y violaciones... a cada una de las nuestras que atrapen les harán pagar las consecuencias... no voy a seguir a un líder débil en una guerra que puede ser sangrienta.

Todos alentaron esas palabras, gritaban algo que era lógico, pero yo no quería guerra, quería derechos para el ser humano y sobre todo para la mujer, —las cosas las haré a mi manera, cuanto menos sufrimiento haya mejor... si hay que luchar seré el primero, pero si puedo evitar una muerte sea del bando que sea, lo haré... no vamos a usar a ninguna mujer para destruir al enemigo, será la última vez... si estáis conmigo será a mi manera.

—Está bien—, se escucha a algunos con los ánimos más calmados, —vamos a darte una oportunidad no nos falles.

—Quien quiera irse puede hacerlo ahora que está a tiempo... vendrán tiempos duros, pero no vamos a usar la violencia porque sí, y mucho menos estas acciones de hoy.

—¿Y ellos si pueden usarla contra nosotras?—, saltó Marian enojada.

—Entiende—, le dije caminando hacia ella entre la agitada multitud, —toda esta lucha es para que no exista esa violencia contra vosotras... entiéndelo.

No me respondió, e incluso muchos callaron y bajaron sus cabezas, —recoged que vamos a movernos—, dije con bastante decepción.

Secretos de alcoba

El caballo regresó a la gran casa, en la puerta los soldados no daban crédito a lo que veían, Clarais llegaba exhausta bajo el animal, rápidamente abrieron la puerta y avisaron al rey, también a Melendo y sus hijos; el anciano no hizo ademán por ayudar a su hija, ni tan siquiera por cubrir su desnudez, ella estaba inconsciente y bastante grave. La desataron e introdujeron en la habitación para que recibiera los necesarios cuidados.

—Esto es lo que pasa por permitir a los siervos que dispongan de libertad—, le dijo Melendo al rey.

—Yo trato de unificar a los francos para otorgarles libertad... esto nada tiene que ver con eso, pero puedes estar seguro de que lo van a pagar con sus vidas.

—Nada sabemos de ellos, ni tan siquiera donde se encuentran escondidos.

—Puede que vuestra hija nos haya dado algunas pistas... ¿no estaba en la casa de verano?

—Así es, ¿cree su majestad que es donde se esconden?

—Vamos a comenzar la búsqueda por esa zona... ¿Quién de sus plebeyos conoce los bosques del sur?—, preguntó el rey a Melendo enojado.

—Dispongo de gente que los conoce... ¿no debería llamar a más soldados para detener esta revuelta?

—¿Revuelta?, un puñado de hombres con sus mujeres no son considerados revuelta... no voy a mover mis tropas de la frontera para esto... eso es lo que quisieran mis enemigos, debo encontrar una solución para afianzar los acuerdos con los feudos del Este antes de movilizar las tropas.

—Permítame ofrecerle mis hombres—, dijo el viejo.

—Ya contaba con ellos—, respondió Hugo alejándose de éste como si nada.

Habíamos accionado el botón del enfrentamiento, no fue mi intención hacerlo de una forma tan brusca, pero al menos en el asentamiento, los ánimos estaban mucho más calmados.

Debíamos poner todo nuestro interés en conseguir mayor destreza en las armas, e incluso las mujeres se entrenaban con ellas y serían de un gran valor para la causa.

Durante la noche me acerqué a hablar con Marie, la cual llevaba unos días pensativa y apartada, —madre... ¿estás bien?

—Sí, es que todo esto está sobrepasándome... no pensaba que fueses capaz de levantarte contra Melendo.

—¿Por qué dudas de mí ahora?—, le pregunté.

—Porque tu corazón es noble... está lleno de bondad y no está preparado para la guerra.

—No me importa morir si con ello consigo derechos que os son propios por nacimiento.

—Lo sé... de eso no dudo, pero ¿serás capaz de matar?... son cosas diferentes.

Me miró y me clavó su pena, su desdicha, —por Amabel y por todas las mujeres que hay en este asentamiento lo haré cuantas veces sea necesario.

—Te desearé lo mejor... creo que ha llegado el momento de saber la verdad sobre tu familia—, me dijo. Me sorprendí bastante, no sabía que ella conocía a mi verdadera familia, siempre me contó que fui acogido de bebé y nada más.

—¿Sabes quiénes son mis padres?... ¿cómo es eso, cómo no me lo has dicho nunca?

—Yo soy tu madre... tu verdadera madre, pero mi esposo no era tu padre, decidimos contarle así por el miedo a que la gente no te reconociera en el rostro de él... decidimos decir que te acogimos de la iglesia.

—¿Y quién es mi padre?... ¿lo sabes?, dímelo.

—Melendo... Melendo es tu padre, me dejó embarazada la noche de bodas... cuando regresé yo era incapaz de mirar a los ojos de mi esposo... mucho menos yacer con él, pero a los meses descubrimos que estaba embarazada y nos apartamos de la aldea, para ocultarlo, luego al regresar ya venías con nosotros... entiéndeme, hijo—, soltó. Comenzó a llorar y yo no era capaz de decir nada, muchas emociones recorrieron mi mente, no entendía cómo me negó como madre, pero comprendí lo difícil que le resultaría tanto a ella como a su marido, decir que era hijo de ese mal nacido.

—No llores... no fue tu culpa, es un hombre sin escrúpulos y no es mi padre... eso no es ser un padre.

Ella me miró con las lágrimas recorriendo su hermoso y angustiado rostro, —ese sentimiento de culpa me ha perseguido siempre... siempre pensé que tal vez hice algo que le provocara, y me tomara hasta embarazarme.

—Eso no es cierto... tú cumpliste con lo que te obligaba la ley... por eso mismo luchamos hoy, para que no paséis más por eso... y ahora tengo más fuerzas que antes—, le dije. No era fácil consolarla en aquellos momentos, necesitaba desahogarse de tantos años de mentiras y represión, —Clarais es mi hermana... debo asimilarlo... por lo que le han hecho es por lo que me lo has contado.

—Es tan hermana como Amabel o Marian—, decía, —no quería que le hicieran daño, nadie debe hacer ese tipo de daño... en esta guerra no ganarás, te enfrentas a tu sangre.

—No llores más, ese hombre no merece la pena ni el aire que respira... esa familia no es mi sangre, cuéntame cómo era mi padre, tu esposo.

Se secaba las lágrimas, me miraba con orgullo y bastante melancolía, —era un hombre ejemplar... siempre me apoyó y supo darte el amor de un padre... lástima que solo le conocieras hasta los diez años, por culpa de Melendo fue enviado al frente... cuando la batalla de la unión... no regresó y era un verdadero guerrero, me contaron los que regresaron que cayó en una emboscada... todos supusimos que fue obra de Melendo.

—Pero ¿por qué?

—Melendo tenía obsesión conmigo... por eso me culpo, porque tal vez le di motivos para que pensara en mí de esa manera... aunque yo no hice nada que no me obligara, jamás hubiera deseado estar con él.

—De eso no dudo—, le dije con un abrazo, —no tuviste nada que ver... y si ese hombre fue el culpable de la muerte de mi padre lo va a pagar.

Solo la abrazaba, sus lágrimas mojaban mis ropas, poco a poco se fue calmando, al rato entró Amabel sonriente, —¿pasa algo?

—No... ¿están todos acostados ya?

—Sí, pero he dispuesto la guardia para esta noche—, me contestó. La vi muy prestada a la campaña, e incluso alegre de poder participar en algo que haría historia en aquella parte de la tierra.

Todos estaban nerviosos por empezar la batalla, pero precisábamos seguir resguardados en el bosque, si alguna posibilidad tuviéramos de ganar algo, sería ayudados por el bosque, los arcos nos proporcionarían una ventaja desde la altura, todas las mujeres se adiestraban en esa poderosa arma, y en la escalada a los árboles.

Al caer la noche, un caballero se acercó hasta el asentamiento, fue interceptado por la vigilancia y traído ante mi presencia, era un hombre extranjero, amable y con voz calmada, le invité a entrar en mi tienda, —¿qué es lo que quieres?

—Únicamente he venido para traerle un mensaje... es de la princesa Beatriz.

Sus palabras consiguieron atraer toda mi atención, solo con escuchar su nombre se aceleraba mi corazón, ya no solo por cuanto la amaba sino por el hecho de no saber nada sobre su seguridad, —habla—, le dije.

—Su majestad me envía para darle información y ayuda en su campaña... ella quiere que me quede con vosotros.

—¿Por qué he de creerte?

—Beatriz confía plenamente en mí... gracias a Clarais hemos podido deducir su posición... se preparan ciento cincuenta soldados para atraparles dentro de dos días, tienen previstos atacar desde el sur, para que no les esperen, ya han salido, pero tardarán dos días en rodear el bosque y entrar desde la retaguardia.

—Sigo sin saber porque debo creerte.

—Beatriz me dio este pañuelo, me dijo que usted lo entendería... además quiere reunirse con usted—, me dijo. Le miré con sorpresa, no era posible lo que estaba escuchando.

—¿Cuándo quiere reunirse conmigo?... ¿cómo va a salir de su encierro?

—Ella ya no está encerrada... todas las mañanas sale a pasear por la orilla del río, además de que el rey encabeza los soldados y no tiene vigilancia.

—Tardaría un día completo en ir y regresar... ¿cómo puedo saber que no es una trampa?—, le pregunté acercándome a él con inseguridad.

—No puedo demostrarle nada más, confíe en ella o haga lo que desee—, me soltó.

Dude bastante, pero no disponía de tiempo para averiguarlo, tal vez quisieran que dejase a mi gente sola, para atacar mientras tanto, pero y si era cierto, no podía quedarme con esa duda, —Amabel... voy a salir, regresaré en un día.

—¿Dónde vas?... ¿no has dicho que nos van a atacar desde el sur?—, me preguntó sorprendida.

—Sí... todo está dispuesto y yo voy a confiar en ti, tú tienes más valor y creatividad que yo, es importante que haga este viaje antes de que sea tarde.

—Me parece bien... solo espero que llegues a tiempo—, me dijo. Luego me sonrió como casi siempre hacía, era una chica maravillosa.

Monté a negro y volé cuanto podía al encuentro con Beatriz, tal vez fuera una emboscada, pero la ilusión espoleaba a mi caballo, hasta que llegué al lugar donde solía pasear, me escondí entre la maleza, el sol alumbraba con fuerza y no veía a nadie, al pronto escuché los cascos de un caballo acercarse cada vez más, seguía escondido entre las ramas y, apareció la mujer que mataba mi corazón.

Montando un caballo blanco, vestida como una princesa, con un vestido rojo y negro hasta los tobillos, encajes negros por las mangas y cuello, el animal avanzaba lento y distraído al igual que ella, se detuvo a la orilla del río y descabalgó, amarró al jamelgo a una rama y paseó por la orilla.

—Buenas tardes—, le susurré. Se giró y allí estaba la más bella perfección que Dios había creado, nada en su rostro desentonaba, sus rojos labios invitaban a beber de ellos, sus ojos inundaban de sensaciones los míos, jamás desearía dejar de mirarlos, de echo me mostraban el

mundo en que desearía vivir, una sonrisa y mi alma era suya para siempre.

—Has venido... eso significa que te llegó mi mensaje y estáis avisados.

—Sí... muchas gracias por exponerte por nuestra causa, no sé cómo podría pagarte.

—¿Pagarme?... estamos juntos en esto, he decidido luchar junto a ti en tu campaña... las mujeres debemos estar unidas si queremos desterrar esa ley tan cruel.

—Me alegra escucharte decir eso... creo que estás más bella que nunca, ¿cómo es posible dibujar esa sonrisa tan perfecta?

—No seas tonto... ¿Cuánto tiempo dispones?—, me preguntó. Se acercó hasta mí y posó sus labios en los míos.

—¿No tienes calor con ese vestido?—, le pregunté. —Si supieras cuanta ropa llevo debajo te sorprendería aún más—, me respondió.

—¿No te apetece darte un baño en el río junto a mí?

—¿Estás loco?... nunca he estado desnuda frente a un hombre—, me dijo ruborizando sus mejillas.

—Yo tampoco con una mujer, pero me muriendo muero por estar contigo—, le respondí mirándola fijamente.

—No te creo... ¿no has conocido mujer?

—Desde que faltó mi padre me he dedicado a mi familia... a tratar de que no les falte nada a mis hermanas y mi madre... no he tenido tiempo, pero tampoco ganas... nunca me había enamorado como hasta ahora.

Ella sonrió, sus mejillas seguían rojas, tal vez por el calor o por el rubor que le provocaba, —pues poca experiencia tenemos entonces—, me dijo. —Eso se aprende con la práctica—, le respondí. La besé y el calor que emitía su rostro me hizo llevar mi mano hasta su mejilla, transmitiéndome esa calidez dulce en la palma mientras envolvía sus dulces y pasionales labios.

Traté de buscar en su espalda los botones que oprimían su cuerpo en aquel lujoso vestido rojo, no era fácil, e incluso necesité su ayuda, pero bajo aquel abrasador día soleado, la tela cayó al suelo, mostrándome por primera vez la cantidad de ropa que llevaba bajo las enaguas, —tarea complicada—, le susurré.

A esas alturas no nos importaba que alguna mirada advirtiera de nuestra presencia, salió del vestido y me enseñó a desatar sus prendas íntimas, primero el camisón, luego el pantalón. Ante mí se mostraba únicamente con el corsé que oprimían sus senos, y la campana que daba forma a su vestido, desaté los nudos y aireó sus bellos pechos, yo me mostraba muy nervioso, al igual que ella, pero también ansiosos por poder sentir su piel sobre la mía.

Antes de desnudarme, le bajé la última prenda que ocultaba su tesoro, al tiempo que caía la blanca tela, dibujaba en su bajo vientre un frondoso pelaje negro y rizado, ante mis ojos estaba por primera el tesoro más preciado que un hombre pudiera desear.

Ella se mostraba tímida e incómoda mientras me desnudaba, sus ojos observaban acelerados como le descubría mi sexo.

Me acerqué a ella, permanecía inmóvil y su respiración excitada, acelerada. La besé tanto cuanto pude, no me cansaba de envolver sus labios, su cuello y sus lóbulos, —vamos al agua—, le dije en voz baja.

La sujeté de la mano y entramos en el río, ella sonreía y jugamos, nos divertíamos ajenos a las consecuencias que podrían tener nuestros actos, sus negros cabellos permanecían inalterados en su recogido, ambos buscábamos el placer de juntar nuestros cuerpos, de besar nuestra piel.

Al tiempo nos acercamos a la orilla, le ayudé a salir y desde mi posición, admiré sus curvas, admiré el contorno que sus labios dibujaban desde atrás, entre sus muslos. Aquella línea que

dividía su reino de placer enloquecía mi alma, excitaba mi cuerpo, todo en ella me parecía dibujado a conciencia por el mejor pintor del mundo.

Le pedí que se sentara en una piedra de la orilla, al principio sintió pudor, al quedar mi rostro frente a sus cerrados muslos, yo permanecía en el agua, la miraba y notaba como se enrojecían sus mejillas, la sujeté del tobillo y me mostró su reino, reino del que era su princesa, con los bellos labios entreabiertos mi instinto me indicaba que mordiera aquella jugosa carne.

Ella mordió su labio inferior, me miró con picaresca y separó los muslos lo suficiente para alojar mi cabeza entre ellos, el olor que emitía su calidez me obligaba a degustar sus pliegues, lentamente acerqué mi lengua hasta posarla justo entre los dos labios mayores, eso hizo que su cuerpo respingara, se estremeciera por el placer que le produjo mi cálida y húmeda lengua hurgando en su secreto, en su rotura, en su línea de placer.

Retorcí su cuerpo y lo llevé hacia atrás, yo podía sentir como temblaba toda su existencia, como desde su interior unas contracciones comenzaban a hacerse visibles, no podía creer que tuviera en mi boca el dulce más deseado por nobles y condes de toda Europa. Sus pechos se balanceaban al compás de sus estremecimientos, la respiración y el sudor aumentaban con cada degustación.

El borde de sus labios se abría, me permitían ahondar en sus adentros, buscar el néctar que empezaba a fabricar y recogerlo en mi paladar, me encontré junto a sus vellos con un pequeño bulto, algo que tampoco nunca antes había visto, lo notaba crecer y asomar entre sus labios, turgente y sensible; hasta allí llevé mis labios, lo envolví dándole calor y al succionarlo, Beatriz, se agitaba en convulsiones imparables, indescifrables para mí.

Al rato no pudo soportar su cuerpo y se desvaneció sobre la piedra, gritaba en un sonido sordo que emitía su garganta, los labios menores convulsionaban y con cada espasmo arrojaban al exterior la miel que tanto deseaba, la cual recogía entre el llanto de placer de la princesa. Supuse que aquello fue lo que llamaban un orgasmo, apenas podía moverse.

Salí del agua y me tumbé junto a ella, no podía esconder mi excitación, mi palpable dureza, la cual, al cabo de un rato, ella sujetó en su mano, nos besábamos como los enamorados que éramos, ni yo ni ella podíamos impedir que nuestros cuerpos se juntasen, se besasen y se acariciasen.

—¿Y ahora qué?—, le susurré.

—Yo he visto hacerlo a los caballos y los perros... ¿tú no?—, me dijo mientras se colocaba en esa posición, como esperando a que le saltara como un caballo en celo, y creo que en ese momento lo estaba.

La sujeté de la cintura y admiré como sus pechos colgaban, se movían libres bajo el sol, mi erección se acercó hasta su apertura, percibí el calor y la suavidad de sus abultados labios, sin nada de experiencia traté de introducirla, su lubricación era tal, que podía percibir como se derramaba por el interior de sus muslos, rápidamente se coló en su interior, jamás había sentido nada igual, el calor que envolvía mi dureza, la suavidad del tacto de sus internos y la sensación de estar con la persona que más amaba en el mundo, lograron que pocos fueran los movimientos que necesité para volcar tal amor en el más profundo del ser de Beatriz, su piel y sus curvas me ordenaban la necesidad de acariciarla desde el trasero, la cintura y los pechos.

Ambos caímos exhaustos al suelo, el corazón se salía y la respiración nos ahogaba, necesitamos tiempo para recomponernos, —¿esto es hacer el amor?—, le susurré.

—Todas las mujeres deberían experimentar este amor libre y sincero... sin ser obligado... volvería a repetirlo mil veces, ahora comprendo mejor esta lucha que hemos iniciado—, me contestó sin aliento.

Antes que la vida

—**P**rotege a mi padre—, me dijo Beatriz. La besé y monté a negro, debía darme prisa para que no me cogiera la noche, —no te preocupes.

Espoleé al caballo y corrí al encuentro de los míos, aún permanecía el olor de la princesa en mi cuerpo, y su sabor en mi boca, toda la campaña que habíamos comenzado, empezaba a tener mucho más sentido. La oscuridad me perdía en el bosque, no encontraba el asentamiento, divagaba por los senderos entre los árboles cuando vi a lo lejos una de las carretas.

Al entrar en la zona de vigilancia recibí un silbido, Jorge el inglés, siempre atento en su labor, —todos están preparados—, me susurró.

—¿Habéis mandado gente al sur?

—Sí... un grupo de diez junto a Amabel se han adentrado para tratar de adelantarse a la llegada del rey.

No me esperaba aquello, mi hermana estaba dando más de lo que debía, pero me resultaría complejo detenerla, —¿por qué has permitido que ella se adentre en el bosque?

—Intenta frenarla... es mucho más valiente que cualquiera de nosotros, y mucho más hábil con la espada—, me dijo. Era cierto que su destreza iba en aumento, puede que la promesa que le hice la hiciera sentir culpable, acababa de cumplir los dieciséis años, pero yo seguía viéndola como a una niña pequeña.

Entré en mi tienda a descansar del viaje, confiaba en Amabel y mi camino me había agotado bastante; durante la noche apenas dormí, pensaba en la batalla que se nos avecinaba, y sobre todo en la dulzura de Beatriz, una mujer que tenía todo lo que se podía desear, y estaba dispuesta a ponerlo en peligro por mí, y por las mujeres de sus tierras.

El canto de las aves me despertó, el silencioso sonido de la naturaleza, el sol entraba por la puerta hasta alcanzar mi piel, con ganas me levanté y con energía me vestí, al salir muchos esperaban en silencio la llegada de los soldados, ellos habían dedicado sus vidas a la formación en esa labor, nosotros, sin embargo, conocíamos bien las herramientas de labranza.

—Hoy... vamos a vencer porque es para lo que nos hemos preparado... no hay tiempo para la duda—, les decía, —hoy será el principio del final de la injusticia... vamos a luchar por nosotros, por nuestras familias... ellos lo harán por el rey... no os puedo asegurar que nadie resulte herido... o muerto, pero sí os aseguro que hoy ganaremos, conocemos sus movimientos y sus intenciones, nosotros movemos primero... muchos escucharán esta lucha y se unirán a nosotros, no tengáis dudas... hoy empieza a escribirse la historia, la historia de un puñado de aldeanos que lograron cambiar las leyes... los derechos de los nobles y ricos... hoy os prometo la libertad... para vosotras y también para vosotros... nadie más puede decidir sobre nuestras mujeres, hijas o madres.

Todos alzaron sus espadas, las mujeres sus arcos y vi alegría en sus rostros, era un buen

comienzo, nunca había tenido la necesidad de alentar a tanta gente, pero sabía que las emociones nacen desde el interior, y esas emociones son las que nos mueven o nos paralizan, —vamos a tomar posición.

Antes de que regresara la avanzadilla, las mujeres y hombres del asentamiento buscamos nuestras posiciones, tal y como estaba estudiado, si todo iba como teníamos previsto, Amabel no cambiaría las posiciones, desde los árboles usaríamos las flechas y cuando el número de soldados fuese muy inferior al nuestro, les atacaríamos con las espadas.

El tiempo pasaba lento, las manos nos sudaban y únicamente el sonido de las aves se escuchaba entre la maleza, les hice una señal cuando vi a Amabel y los demás que la acompañaban, ésta se acercó a mí, los diez restantes buscaron su lugar, —¿qué has averiguado?—, le pregunté.

—Están cerca... es cierto que son ciento cincuenta y el rey los acompaña, solo tres caballos vienen y el resto a pie.

—¿Crees que tenemos posibilidades?—, le dije. Ella me miró y sonrió, dándome los ánimos que necesitaba, —no lo dudes—, me respondió.

Desde mi posición todos podían verme, levante el brazo en cuanto se acercaban, no se esperaban que hubiéramos salido a su encuentro; al bajar el brazo las flechas pasaron sobre mi cabeza, muchos cayeron, otros corrían a esconderse, lanzamos otra ofensiva con flechas alcanzando a otro número de soldados.

Los gritos eran siniestros en el frondoso bosque, sin casi tiempo de reacción se resguardaron tras los árboles, lejos de nuestras flechas, poco más de veinte habían caído, se escuchaba al rey dar órdenes, —Están en los árboles... resguardaos.

Inocentes, no sabían que habían dejado atrás a un gran grupo de arqueras para tomarles la retaguardia, una nueva ofensiva desde atrás les sorprendió aún más, no había donde esconderse, caían al suelo entre gritos mientras el caballo del rey se agitaba, se alzaba buscando la tranquilidad que allí no encontraría.

Pocos quedaban, al menos ciento veinte habían caído, a mi señal, los hombres y algunas mujeres se abalanzaron sobre ellos con espadas y lanzas, al bajar las arqueras éramos muy superiores a ellos, alguno de los nuestros cayó también, pero en cuanto se vieron rodeados por nuestras espadas, los quince que quedaban se rindieron, lanzaron sus armas al suelo y el rey altivo me miraba desde su caballo, —qué caro me salió el beso de mi hija.

—Nada tiene que ver esto con eso—, le dije, —por mucho dinero o tierras que posea un hombre, no le da derechos sobre la intimidad de nadie... ya nos dejamos la piel en vuestras tierras, trabajando de sol a sol sin poder estar con nuestras familias... ¿acaso no es justo lo que pedimos?

—No lo dudo, pero esos derechos mantienen a los feudos unidos, en silencio.

—A costa de nosotros... no os voy a convencer porque vos ya lo estáis... me da pena que nuestro rey nos use de esa manera... podéis marchar y no regresar, o podéis regresar y encontraros en la misma situación—, le dije.

—Nos volveremos a ver... este es mi castigo por ofrecerte cuanto deseais, pero lo pagareis.

—Encantado de poder pagar lo que deba... los demás que queráis uniros a nosotros, para luchar por vuestras familias podéis quedaros—, dije dirigiéndome a los quince soldados que quedaron de pie, solo cuatro lo hicieron, el resto se volvió junto a Hugo, el grande.

—Buscad a los que estén heridos y trasladémoslos al asentamiento... trataremos de salvar a los que podamos—, solté. Mi hermana Amabel se juntó conmigo, me miró con felicidad y me dijo, —sabía que nos sería fácil.

—Tienes dotes para la guerra, eres muy valiente e inteligente... creo que vas a ser la encargada

de las tácticas siempre, pero esto no ha hecho nada más que empezar.

—Todo comienzo tiene un fin en algún momento—, me dijo. Se alejó para ayudar con el traslado de los heridos, vestida como un chico con su espada en la mano, las flechas fueron muy certeras, pero había varios a los que se les podía ayudar.

En nuestro asentamiento provisional nos esperaban las mujeres mayores, entre ellas mi madre, la cual se alegró al vernos y corrió junto a nosotros, Marian estaba indispuesta y no nos acompañó, —Marian está embarazada—, me dijo Marie.

—¿Cómo lo sabes?—, le pregunté con una sonrisa.

—Lo sé y ella también... eso no puedo explicártelo.

—¿Es de Melendo?—, le dije parado frente a ella mientras los demás nos adelantaban.

—No... no seas ridículo, ¿te piensas que un embarazo dura dieciocho meses?... ella no quedó embarazada en su prima notte.

—Estará muy feliz Mercero, vamos a verlos y a felicitarles.

Justo antes de entrar a la tienda de Marian, alcé la vista y vi a Amabel hablando con un joven, no le conocía, pero la hacía reír bastante, me alegré en mi interior por ella y sonreí solo, luego entré a ver a los futuros papas.

—Enhorabuena—, les dije.

—Gracias—, me respondió mi hermana. Estaba realmente feliz, no podía disimular su sonrisa, —puede ser el primer bebé que nazca libre... si es niño nos gustaría llamarle Régis.

—¿Y si es niña?—, les pregunté.

—Amabel... por su valentía—, respondió Mercero. Todos en la batalla estaban reconociendo a mi hermana como una líder, como una guerrera y eso me alegró aún más.

Los días postreros sirvieron para dar ánimo a la campaña, muchos habían oído de la victoria frente al rey y se unían a nosotros, cada día llegaban decenas de personas de todas partes de la comarca, aumentábamos en número y aumentaban nuestras posibilidades.

En la gran casa Clarais se recuperaba de sus destrozos, y el rey, muy enojado, hablaba con su teniente, —quiero mis tropas aquí de inmediato.

—Señor no es viable... si mueve los hombres de las fronteras nos invadirán desde Este y el Norte.

—¿Cuántos hombres podríamos mover sin que se notase nuestra retirada?

—Pocos... yo diría que menos de tres mil, traer a más sería arriesgado.

—Mandad la orden, que vengan esos tres mil y dos mil más de la reserva... los niños que puedan empuñar un arma que sean equipados.

—¿No ve exagerada la medida?, son labradores y mujeres sin experiencia ni equipamiento.

—Quiero aniquilarlos como a hormigas... no quiero más sorpresas.

La princesa y yo manteníamos el contacto con mensajeros, y alguna que otra fugaz visita, nos informaba de todos los movimientos que se produjesen entre las paredes de la gran casa, en uno de aquellos encuentros la vi más nerviosa que de costumbre, —Dime que es lo que te sucede.

—Va a ser difícil contener al ejército... veo tu muerte muy próxima.

—No digas eso... cada vez somos más y hasta que lleguen sus tropas estaremos más preparados.

—Las dos batallas ganadas nada tendrá que ver con la guerra que se producirá cuando llegue el ejército... he visto lo que son capaces de hacer y no es fácil describirlo.

—No te apures, todo va a ir bien—, le dije. Su rostro me parecía más bello cada vez que la veía, era complicado mantener el contacto, pero, aunque de forma efímera nos cruzábamos de vez en cuando con mucha cautela, —lo que más siento es no poder besar tus labios—, le dije.

Sabíamos que estaba siendo vigilada y debíamos mantener las distancias, allá donde nos encontráramos, siempre camuflado entre la multitud de algún mercado.

—Mi padre quiere que me case... que lo haga ya, con el Señor del Este... quiere que así no haya enfrentamientos en esas tierras y unir el territorio, está todo muy avanzado.

—No es una buena noticia... no puedo ni pensar que estés en las manos de otro hombre.

—Es mi obligación mientras las mujeres no dispongamos de ningún derecho sobre nuestros cuerpos ni deseos.

—Es injusto... esta guerra cambiará eso, estoy convencido de que será un antes y un después.

—Debo irme... no puedo esperar más o me volverán a encerrar—, me dijo. Tocó una fruta y puse mi mano sobre la de ella, luego se marchó a recoger su caballo, en una de las estrechas calles de la aldea la seguí, al cruzar la esquina tiré de ella hacia mí, bajo su capucha me mostró su rostro con sorpresa, no me esperaba, pero no pensaba dejarla ir sin besarla. No fue intenso, pero suficiente para alimentar mi alma, para dar calor a mi ser, para encontrarme con ella en el cielo, —no te preocupes—, le susurré y me marché.

Al regresar al poblado vi con emoción a Amabel hablando con el joven, sentados bajo un árbol cada vez más juntos y sonrientes, puede que ella estuviera encontrando en esa lucha también el amor, y eso me alegraba ya que sabía que más pronto que tarde, mi relación con mi familia concluiría abruptamente.

—¿Quién es el joven que está siempre a tu lado?—, le pregunté a Amabel cuando estaba sola.

—Un amigo—, me respondió con una sonrisa, con una bella sonrisa, se le notaba en la mirada y en la luz de su rostro que significaba algo más que un amigo, ojalá cuando se casase nadie más que su esposo disfrutara de su cuerpo, de forma consentida y consensuada.

—Bueno... yo me alegro de que tengas amigos, recuerda que no se hacen locuras por amor—, le dije.

—Eso lo tengo claro, no lo he olvidado al igual que tú con la princesa—, me respondió. Reí sinceramente, estar junto a ella siempre me alegraba el corazón, me empujaba a dar lo mejor de mí.

Al cabo de unos días, los vigilantes nos avisaron de la presencia de alguien, un caballo avanzaba lento y perdido por el bosque, salí a su encuentro al escuchar que era una sola persona; cubría su rostro con una capucha, desde mi posición apreciaba que era un soldado por sus ropas, —¡alto!—, le grité.

El caballo se detuvo y me acerqué por detrás, —¡desmonta!... ¿qué vienes buscando por este bosque?

Se bajó del caballo con su peto de piel labrada, espada a la espalda y capa que cubría su cuerpo, —a mi amado—, respondió.

Se volteó y me dejó petrificado, era Beatriz vestida de soldado, con sus cabellos en una larga trenza y sus ojos llenos de una bella ilusión.

—¿Qué haces aquí?—, le pregunté corriendo rápidamente a su encuentro.

—Buscar a mi amado... ya te lo he dicho.

Perdón de la maldad

No daba crédito a lo que mis ojos veían, Beatriz estaba junto a mí en el bosque, se deshizo de la capa y la sujeté de la cintura, no pude contener alguna lágrima, ella tampoco, —¿cómo has podido eludir la guardia?

—Me he escapado, me he perdido varias veces por el bosque, ya pensaba que no sería capaz de encontraros, estaba un poco asustada.

—¿Por qué has hecho esto?... tu padre te castigará.

—Que me mate si quiere, yo no pienso regresar... no puedo casarme con un desconocido, y ahora menos que siento esto en mi corazón por ti—, me dijo. Nada podían hacer mis manos por no tocarla, acariciar sus mejillas, mi alegría se confundía en miedo al pensar que posiblemente le arruiné su vida.

—Debes regresar ahora, puede que aún no sea tarde.

—No pienso marcharme, esta lucha es de todas... no te imaginas el revuelo que se está formando entre la sociedad más adinerada, e incluso hay algunas voces que os apoyan... ¿no vas a dejar que me quede?

—No desearía nada mejor, pero puede que no haya sido buena idea, ¿cómo vas a vivir y dormir en el suelo?

—No me conoces, estoy dispuesta a todo... hablé con Clarais y fue ella misma quien me explicó como no perderme en estos bosques.

—¿Clarais?... ¿te ha ayudado?, debe ser una trampa—, le dije. Las intenciones de mi hermanastra sí que no debían ser buenas, esa joven nunca dio señas de bondad en su interior.

—No lo creo... he hablado mucho con ella mientras se recupera en la cama, ha estado al borde de la muerte... no sé si eso la ha hecho cambiar o ha sido a causa de su padre.

—¿Qué pasa con Melendo?—, le pregunté. Le cogí de la mano y nos sentamos bajo uno de los árboles, Beatriz llevaba tiempo siendo nuestra confidente, informándonos de todo cuanto se enterase.

—El padre no la ha visitado ni una sola vez desde que llegó bajo el caballo, da la sensación de que no le importa nada su propia hija.

—Ese hombre es un canalla... ¿crees de verdad que Clarais ha cambiado?, ¿podemos confiar en ella?

—Pienso que sí, antes cuando hablaba con ella no veía más que odio en sus ojos, pero ahora no... no puedo hablarte a ciencia cierta, pero creo que ha cambiado.

—¿Está bien?... digo, y de sus heridas, está recuperándose, ¿no?—, pregunté cabizbajo. Sentía pena por ella, ya no por las palabras de Beatriz, sino desde que la vi tan humillada bajo el animal.

—Está mucho mejor, va a necesitar algo de tiempo aún, pero estoy convencida de que va a salir de esta—, me dijo. Un silencio se adueñó de nuestras voces, una mirada cruzada embriagaba

mi alma, la llenaba de sentimientos poderosos, de ánimos bajo las sombras de aquellos enormes y centenarios árboles.

Un deseo rondaba mi mente con cada palabra que salía de su boca, con cada mirada hacia su bello rostro, hacia su angelical alma, ese deseo era mucho más fuerte que mi voluntad y necesité acercarme levemente hasta su cara, ella debió sentir lo mismo y juntos nos besamos como si fuese la primera vez, como si fuese el único momento de nuestras vidas, como si el tiempo se volviera a detener, es algo que difícilmente pueda describir para que se entienda, es algo que se debe experimentar para comprenderlo en su plenitud.

Necesitaba respirar de su aliento, comer de sus labios y beber de su espíritu, de su alma pura y bondadosa, envolví sus labios con los míos, apreciando cada segundo de ese momento, cada milímetro de la piel que los envolvían, cada humedad que recibía de su boca. Una de mis manos acariciaba su mejilla, bajo su trenza de pelo negro, su tez era fresca como la brisa de otoño, con la yema del dedo anular, recogí una de sus impresionantes lágrimas de felicidad, la miré durante el tiempo inagotable que necesitó mi ser y mi alma para saciar su necesidad, —debemos ir al campamento... si por mí fuera guardaría tu rostro en la eternidad, sería el guardián de tu belleza por tiempo infinito—, le susurré bajo el movimiento de las ramas sombreadas.

Ella debía sentir lo mismo por mí, al menos eso me decían sus ojos, su boca y sus hechos, —vamos... creo que será una sorpresa para los demás verme aquí—, me respondió.

Al regresar al asentamiento, los hombres y mujeres que allí estaban se sorprendieron bastante de su presencia, nadie quiso hablar o contradecir lo que allí hacía Beatriz, pero en sus gestos podía adivinar que había pensamientos de todo tipo, —ella está aquí para ayudar... no debéis verla como una oponente sino como una ayuda.

—No nos preocupa que esté aquí, más bien las represalias del rey... no tengáis ninguna duda que vendrá por ella de inmediato—, dijo Marian.

—Es cierto, pero también lo es el hecho de que estamos en guerra con él, ¿quién duda de que vendrá a por nosotros con o sin princesa?—, les grité.

Aquellas palabras sentaron bien en los demás, ninguno dispuso queja en cuanto a Beatriz, e incluso algunas mujeres le trajeron mantas para poder descansar en las noches, —ya está todo decidido... si es lo que quieres, puedes quedarte con nosotros—, le dije. Ambos entramos en mi tienda, al poco llegó Amabel, la cual se alegró de volverla a ver.

—¿Crees que vuestro padre nos atacará antes de que llegue su ejército?—, le preguntó mi hermana.

—No lo creo... pienso que esperará, aunque cuando sepa que estoy entre vosotros puede actuar de forma diferente.

—¿Alguien sabe que has venido de forma voluntaria?—, insistía ella.

—No, salí a pasear como de costumbre, pero la escolta se vio envuelta en un altercado en el mercado y aproveché el tumulto... me estarán buscando sin saber que fue de mí... solo Clarais conocía mis intenciones, pero no dirá nada—, respondió. Amabel me miró con cara de sorpresa al escuchar decir de Clarais, yo le asentí para que estuviera segura de lo que escuchó.

—Bien... eso puede jugar a nuestro favor, debemos mandar un mensaje para que crea que está raptada, detenida en contra de su voluntad.

—¿Con que fin?, no te entiendo—, le dije.

—Por dos motivos, primero para proteger a Beatriz en caso de que tenga que regresar o sea liberada, y segundo para que el rey piense que tenemos una rehén muy valiosa.

La miré sorprendido, —pero eso lo enfadaría aún más... ¿no crees?

—Para nada... su ira sería mayor si supiese que su hija le ha traicionado, puede que no le

importara arrasar el bosque, pero con ella como prisionera debe ser más cauto.

—Me sorprendes Amabel... parece que has nacido para la guerra—, le dije. La miré aún más sorprendido, cuan bella era y cuan inteligente, me sentía mucho más protegido por ella, que ella por mí.

—Me he dado cuenta de que he nacido para ser libre, no para la guerra, pero a veces ambos caminos van en paralelo... bienvenida y ojalá puedas estar cómoda—, concluyó diciéndole amablemente a la princesa.

—Gracias—, contestó Beatriz. Ambas sonrieron y luego me miraron e hicieron lo propio, Amabel salió de la tienda y nos quedamos a solas, ella se encargaría de mandar un mensajero al rey.

Hugo mandó a la desesperada a unos cuantos de sus hombres disponibles, no tenía tiempo que perder si quería recuperar a su hija, pero la batalla fue muy desproporcionada, apenas cien de sus soldados se internaron en el frondoso bosque, algo fácil para las casi ochocientas personas que nos asentábamos ya en el bosque en ese momento.

Otra sangrienta lucha con espadas, nuestra destreza aumentaba cada día, me sorprendí al ver manejar la espada a Amabel, se había convertido en la mejor guerrera, y por supuesto en la mejor líder que podría encabezar aquella campaña. El joven que siempre estaba a su lado, la había adiestrado de forma magistral, muchos de los hombres y mujeres hacían más caso a ella que a mí, y no dudo del porqué, —enhorabuena—, le dije, —contigo casi no necesitamos formar más soldados.

Me sonrió, su cara estaba ensangrentada, pero aun así se podía apreciar su bello rostro entre sus revueltos cabellos, —gracias... hago lo que puedo, vosotros estáis aquí luchando por nosotras, es lo mínimo que debo hacer.

—Nosotros luchamos por los derechos de todos, por la justicia... no solo por vosotras... luchamos por el ser humano, sin género... no lo olvides nunca, no olvides que eres igual que un hombre y un hombre igual que tú.

—Gracias—, me dijo, se quedó mirándome y se marchó con su habitual sonrisa y su espada en la mano.

En la gran casa, la noticia de la pérdida de los últimos cien soldados no cayó nada bien, los nervios se apoderaban de los nobles y del mismo rey, veían como su majestad no era certero a la hora de acabar con la revuelta, se veían próximos a perder sus privilegios y derechos.

—Cuando lleguen los cinco mil hombres acabaré con ellos—, dijo Hugo a Melendo en una acalorada discusión.

—No se lo digo para que se ofenda Señor, entienda nuestra posición, he perdido mis ciento cincuenta soldados y el vecino a sus cien... deseamos ver alguna esperanza.

—¡Vete!...¡déjame solo!—, le gritó el rey.

Melendo salió molesto del salón, se dirigía a su habitación cuando se cruzó con Clarais en el pasillo, cojeaba y necesitaba apoyarse en una muleta, vestida con la ropa de cama había salido de sus aposentos para empezar a estirar las piernas, —¿ya estás mejor?—, le preguntó el padre.

—No creo que eso te importe mucho—, le respondió ésta indiferente. Melendo se giró para dejarla pasar, la observó mientras caminaba con dificultad por el pasillo.

Al llegar a su habitación, Melendo entró tras ella, bruscamente la tiró sobre la cama y le tapó la boca, —eres el hazme reír de la familia—, le dijo. La joven algo asustada solo lo miraba con asco en sus abiertos ojos.

—Vas a ser útil por una vez—, siguió diciendo el viejo, ella trataba de quitárselo de encima sin éxito, le introdujo una tela en la boca que le dificultaba respirar, pero también gritar, la ató de

las manos y le desgarró la ropa.

Le dejó completamente desnuda a sus ojos, se regodeó en sus pechos y en su parte íntima, ella se movía intentando respirar, salió de la habitación y regresó con uno de sus frascos; por muchos movimientos que realizara Clarais no podía desprenderse de las ataduras; hurgó entre sus muslos con ansia, como desbocado, tratando de recoger en el frasco la esencia de su propia hija, de mi nueva hermanastra.

La acariciaba con deseos lujuriosos, —desde que te vi bajo el caballo no he podido dejar de pensar en ti—, susurraba el lujurioso anciano.

Incluso restregó su boca en el sexo de la joven, necesitaba que manchara de humedad su entrepierna, —pronto vas a acabar como un perro, se te va a acabar estar con mujeres jóvenes... esto te va a costar caro—, pudo soltar Clarais al salirse un poco el tejido de la boca.

Melendo volvió a meterlo más profundo aún para callarla, ya podía decir que los interiores de su hija los conservaba en el frasco, pero ella había dejado de moverse, la miró y sus ojos abiertos reflejaban la mortandad, al acercarse vio como Clarais se había asfixiado.

Estaba muerta, pero eso no le impidió cerrar el bote y llevarlo junto a los otros, lo dejó sobre la mesa y regresó al dormitorio, la miró por unos minutos, sin gestos de arrepentimiento, sacó su cuchillo y lo colocó en el vientre de Clarais. Mirándola le atravesó la piel, lo introdujo hasta el mango, la sangre aún caliente brotaba sobre la cama.

Le quitó las ataduras y el tejido de la boca, colocó el puñal sobre la cama y gritó, —¡a mí la guardia!

De inmediato se apresuraron a entrar al dormitorio, alertados por sus voces, —la han matado —, lloraba.

El rey también se acercó a ver que sucedía con tal jolgorio, la escena era dantesca, la joven cubierta de sangre y el hombre sobre ella llorando.

—¿Qué ha sucedido?—, preguntó Hugo.

—¡Se ha matado!... se ha quitado la vida por la vergüenza que la hicieron sufrir... ¿para esto necesitamos un rey?—, le dijo mirándole con furia.

Hugo le miró, pero con asco, algo en su interior le decía que ese hombre había sido capaz de matar a su propia hija.

Sabor a victoria

Una muy mala noticia llegó al campamento, la muerte de Clarais no sentó de igual manera a todos, pero para mí fue dramática, en el fondo fue una niña educada desde la maldad, en un hogar donde priman las riquezas y las lujurias, he de admitir que lo pasé mal, en el fondo era mi hermanastra y seguramente murió sin saberlo.

Otra mala noticia fue el acercamiento de los cinco mil hombres del rey, ya estaban a las puertas de la gran casa, nosotros, aunque habíamos aumentado en número, nada podríamos hacer contra esos soldados, sería una masacre enfrentarse a ellos y una idea rondaba mi mente desde hacía algún tiempo.

La noche tranquila anunciaba tormenta, las nubes comenzaron a colorear el cielo, un cielo rojizo nos anunciaba la lluvia, y tal vez profetizaban el color que pintaría el bosque tras la guerra, —¿qué te preocupa?—, me dijo Beatriz encontrándome pensativo.

—No tenemos nada que hacer con los soldados de tu padre... contaba con que a estas alturas se unieran más a nuestra causa, pero no ha sido así.

—Tal vez pueda regresar a casa y convencer a mi padre de que olvide esta contienda.

—Eso no lo detendrá, como dijo Amabel sin tu presencia aquí estamos más que muertos... mientras crea que eres nuestro rehén tenemos una oportunidad.

—¿Qué ha planeado tu hermana?, tiene algún plan para vencer a estas tropas.

—Tiene muchos y buenos, pero no lo veo... sé que todos están dispuestos a morir por la causa, y me alegro por ello, pero tal vez hubiera una forma de evitar la matanza.

—¿Cuál?—, me preguntó. En ese momento comenzó a llover desmesuradamente, el cielo se derrumbaba sobre nuestras tiendas, el sonido era ensordecedor de repente, —tal vez debería entregarme—, le dije.

Su rostro no mostró sorpresa alguna, lo cual me sorprendió más a mí, —¿no dices nada?—, le insistí ante su silencio.

—No... eso es algo que ya había pensado—, me dijo mirándome, —tal vez podamos lograr el objetivo si ofreces mi liberación a cambio de que cambie la ley.

Me senté junto a ella, le sujeté la mano y la miré, —¿crees que liberándote hará eso?

—Si algo siente por mí sí... un cambio, mi padre es un hombre de palabra, eso no se lo puedo negar, y si acepta ten por seguro que cumplirá.

—Pero te casará y nunca estaremos juntos... no creo que sea la solución, no quiero creerla.

—¿Prefieres ver morir a tu familia?... a tus amistades, niños y niñas... yo no podría vivir después, sin haberlo intentado... tal vez podamos tener algún encuentro esporádico tras mi boda, ¿qué me dices?—, me preguntó. Como si no supiera lo que desearía, pero también conocía muy bien mi corazón, al igual que yo el suyo, y ambos éramos incapaces de ver morir a la gente si hubiera otra solución que lo evitase.

—Tu padre no me dejará libre... sería una vergüenza para él... para que tu plan funcionara debería entregarme contigo, pasar unos años encerrado y terminar con la masacre.

—¿Unos años?, ¿piensas que volvería a dejarte libre?... no lo creo—, me dijo. Volvió su mirada a la puerta de entrada, donde caía la lluvia con fuerza.

—Tu padre no durará por siempre, podrías interceder por mí en un futuro... concederme el indulto.

—Lo haría sin dudarlo, pero de verdad que no estoy segura de eso... no podría vivir feliz sabiendo que estás encerrado en unas condiciones inhumanas.

—Yo nunca volveré a estar encerrado, me has enseñado lo que es la libertad, y esté donde esté siempre me acompañarán mis recuerdos, tu olor, tu sabor y tu belleza, tu corazón lleno de bondad y de amor son una esperanza para el pueblo... tu lugar está en palacio.

Volvió de nuevo su mirada hacia mí, sin decir nada me besó, ese beso era el pacto de lo que habíamos acordado, sacrificar nuestro amor sería lo más justo para ellos, tal vez incluso nuestra única oportunidad, ahora lo más difícil sería convencer a mi familia.

Aquella noche bajo la lluvia, fue el más bello de los recuerdos que nunca guardaría de Beatriz, hicimos el amor sin remordimientos, como si no existiera el mañana, sin preocuparnos de nada, simplemente su cuerpo contra el mío, desnudas nuestras almas, sin mentiras ni engaños, únicamente el mayor amor que mi corazón podría albergar jamás.

Su dulzura me embriagaba, me hipnotizaban sus preciosos ojos, el sabor de su boca era como morir e ir al paraíso, todo el sabor de su cuerpo envuelto en sudor bajo la tela mojada me evadía de cualquier miedo, el dulce aroma que emitía entre sus muslos, entre sus pechos y en cada célula de su piel entraba en mi ser como presencia ante el mismísimo reino de Dios.

El placer, el éxtasis me visitaba con el sabor de su reino, de su calidez, de la dulce miel que fabricaba entre sus muslos con cada orgasmo que le producía, con cada caricia que le proporciona en su agitado y retorcido cuerpo, cuerpo pálido de bellas curvas y pelo negro, tan oscuro como la noche más solitaria, tanto en sus cabellos como en sus vellos rizados y perfumados con su hermosa esencia.

La dejé dormida y salí, algunas gotas aún caían de las ramas de los árboles, el olor a tierra y hierba mojada me transportaba, miré hacia arriba y volví a ver la luz, la luz que tanta paz me daba, la luz extraña que tranquilizaba mi conciencia, solo podía dar gracias por haber estado con el ser más bello, apasionado, bondadoso y entregado que haya conocido sobre las tierras de París, una mujer dispuesta a dejar de ser princesa por su pueblo, una mujer inteligente y amante de su reino.

La mañana llegó con un sol brillante, las gotas que aún permanecían en las ramas filtraban la luz del día, era hora de comunicar a mis compañeros y compañeras la decisión que habíamos tomado, cogí de la mano a Beatriz, —os voy a contar los planes... sabemos que cinco mil hombres pronto vendrán en nuestra búsqueda, y poco podremos hacer por detenerlos—, decía cuando se escuchaba, —¡lucharemos!

—Calma—, continué, —hemos decidido entregarnos, tranquilos... le diremos al rey que vamos a liberar a su hija a cambio de una modificación en las leyes, para que no dispongan los nobles de ciertos derechos injustos.

—No nos va a dejar libres, cuando tenga a su hija vendrá a aniquilarnos—, dijo Jorge.

—Por eso me voy a entregar... a cambio de ese cambio y del indulto de todos vosotros... para que podáis ser más libres que antes, que nadie os pisotee como hasta ahora.

—¿Qué dices?... no lo vamos a permitir, nos defenderemos como hemos hecho hasta ahora—, saltaron algunos. Entre ellos Amabel y Marie.

—¡Jamás ganaremos a un ejército!... lo arrasarán todo, si no lo han hecho ya ha sido por la

princesa, ¿no lo entendéis?

—¡Podremos defendernos en el bosque!—, gritaban.

—Lo quemarán... y a nosotros con él... comenzamos esta lucha con un propósito, y ese propósito está más cerca que nunca... aunque me encierren estaré feliz por ver avanzar a nuestra sociedad.

Costó, pero aceptaron, muchos de ellos incluso se alegraron de no tener que exponer a sus niños a una batalla; durante la noche nos reunimos para acordar el plan, —¿por qué dices que el plan no funcionará?—, pregunté a Amabel.

—Si os entregáis no tendremos garantías de que cumplan el acuerdo—, soltó la joven.

—Creo en la palabra de mi padre, es un hombre, pero fiel a sus principios—, dijo Beatriz.

—No dudo de que creas en él, pero yo sí lo hago... debemos tener alguna garantía de que tu sacrificio servirá para algo... antes de entregaros debe estar la ley en vigor y firmada por todos los nobles, luego aceptaremos la palabra de tu padre para que no la cambie.

—¿Qué garantía?—, pregunté.

—Debemos darle un aval, para que le sirva mientras se elabora la ley... yo me ofrezco como aval.

—¿Qué dices?... no puede ser, dejarías sin cabeza a todos, tú eres más importante aquí que yo mismo... es cierto lo que dices, pero tú no puedes ser el aval—, le dije.

—Yo lo haré—, saltó Marian, —estoy embarazada y eso le dará más seguridad.

—Para nada...

—No puedes protegernos a todos... ¿quién sería tu elegido?, quiero hacerlo por nuestras mujeres, por mi bebé—, me dijo mi hermana mayor.

Luego de una larga disputa era hora de aceptar, no iba a cejar en su empeño, —está bien... así se hará, id a dormir y mañana mandaremos al mensajero.

Una noche más junto a Beatriz, una noche más acariciando el cielo, pero pronto aquello acabaría y la realidad me asustaba, no por mí, sino por Marian y su bebé, confiaba en la palabra del rey, de eso se encargó Beatriz, la verdad es que un rey se debe a su palabra.

El mensajero llevó nuestras condiciones a Hugo, las recibió con cierto alivio, no en vano quería a su hija, Beatriz y yo a cambio de eliminar el derecho de la prima notte, indultos para todos y como medida de seguridad, Marian se entregaría hasta que la ley fuera modificada y firmada.

—No puedes aceptar esas condiciones Señor—, le decía Melendo.

—No es una decisión tuya—, respondió Hugo.

—Si le privas de ese privilegio a los nobles se enfrentarán a ti... ninguno queremos perder derechos, ¿qué será luego?

—¿No crees que eres un poco mayor para andar con jovencitas?

—Señor... no se lo digo solo por mí, ese derecho lleva años en nuestro favor, es algo de lo que disfrutamos muchos... y mucho he de decir.

—Acompáñame—, le dijo el rey. Llevó a Melendo hasta la habitación donde guardaba los frascos de las mujeres que habían estado con él, entraron y se dirigió hasta el armario, —¿me puedes explicar esto?... en este bote pone Clarais... es tu hija, ¿de verdad se suicidó?... y si lo hizo, ¿no sería por tu comportamiento?... esto no es ningún derecho, esto es una abominación y voy a aceptar sus condiciones para erradicarlo.

El hombre anciano no sabía ni que responder, no encontraba la manera de salir de aquel entuerto, —si lo dejáis vivo volverá a exigir nuevos cambios.

—No he dicho que le vaya a dejar vivo... eso ya lo decidiré en su momento—, dijo. Hugo

sujetó el armario y lo tiró al suelo, los frágiles frascos se rompieron en el piso, el enfermo hombre se arrodilló tratando de guardar aquellas esencias, —esto es más de un sádico que de un hombre noble—, dijo antes de salir al pasillo el rey.

Las noticias que recibimos fueron encontradas de buen grado por todos; Marian partió hacia la gran casa junto a su esposo, no permitió dejarla sola, al llegar a las puertas se encontró de frente con Melendo, lo ignoró y fueron dirigidos hasta el rey, —sentaos—, les dijo. Éste estaba en un gran comedor, sentado en la mesa mientras comía, el ejército aguardaba en el exterior, acampado.

—Me complace recibirlos... no contaba con que fuese cierta la propuesta... mi palabra la tenéis y mientras se elabora la nueva ley permaneceréis en la casa, acomodaros y sed bienvenidos—, dijo. Sus palabras parecían sinceras, el pueblo le agradecería el no derramamiento de sangre, y por supuesto haría suya una ley que aún complacería más a sus siervos y labradores. Cosa distinta serían los nobles.

—Gracias majestad—, respondió Mercero.

Al hospedarse en la habitación, Marian recordaba los malos momentos que vivió en aquella casa, Melendo la rondaba como buitre a la carroña, —no quiero permanecer mucho tiempo aquí—, le dijo mi hermana a su esposo.

—Pronto acabará todo... podremos criar a nuestro hijo en la paz que todos ansiamos.

—O hija... gracias a Régis y Beatriz podremos celebrar el nacimiento de una niña... nunca más será un sufrimiento de un ser humano, aunque sea hembra.

La ley se forjó a fuego, inexpugnable por ninguna parte bajo el reino de Hugo el grande, corrió como la pólvora a todas las aldeas bajo su dominio, firmada y consensuada por las casas más importantes del feudo, ahora era la hora de entregarme y liberar a la princesa, Marian llevaba ya mucho tiempo en aquella casa encerrada, junto al detestable Melendo.

La despedida fue el trago más duro de beber, mi madre Marie, la persona que me dio la vida, sus lágrimas escocían sobre mi piel como el veneno, y mi hermana Amabel, dulce y amable, valiente como ninguna, —cuida ahora tú de mamá y de Marian... estoy convencido de que serás una mujer que dejará huella en este mundo.

—Correré la voz, todos sabrán a quien le debemos esta nueva ley... muchos dejarán de sufrir gracias a ti... no sé cómo agradecerte que cumplieras tu promesa, a veces pienso que sería mejor que la incumplieras.

—No digas eso, yo no quiero vivir y seguir viendo tristeza en los rostros de quienes alumbran la vida, de quienes deben iluminar nuestros caminos... te amo hermana y siempre lo haré... cuando quede libre te buscaré.

—Por supuesto—, dijo. Soltaba sus lágrimas de agradecimiento, de pena, pero de victoria y de alegría.

Partimos hacia la gran casa y allí nos esperaba Hugo, el grande, ansiaba reencontrarse con su hija, totalmente recuperado se acercó a ella y la besó, yo sobre negro observaba la escena con felicidad, en el fondo ese padre quería a su hija, a la persona que yo más amaba sobre esta tierra.

—Entiende que deba encerrarte, no puedo permitirme más sobresaltos—, le dijo. Dos soldados la llevaron dentro, y trajeron a Marian y Mercero.

—Te he dado mi palabra... y veo vos sois también persona de palabra, eso me satisface de ti... tu hermana se puede ir en paz, para que disfruten de su embarazo, siento que esto haya tenido que terminar así—, me dijo. Me bajaron del caballo y me condujeron a una celda, antes pude ver como mi hermana abandonaba la casa junto a su esposo, sin dejar de mirarme entre lágrimas de dolor.

Encerrado en la celda, y Beatriz en sus aposentos, el más absoluto silencio en mi condena, pero satisfecho por lo logrado, no tardó ni un día en visitarme el rey, —veo que ya estás acomodado...

¿sabes por qué sigues con vida?

—No señor... será por su clemencia—, le dije.

—Mi clemencia... un rey no puede disponer de eso, para mí es complejo contentar a todos, pero te lo diré... ese derecho de los nobles me asqueaba, puede que hasta te esté agradecido por tu lucha, ellos han tenido que ceder y te juro que jamás volverá a instaurarse, pero no, no es por eso... es por tu bondad, por la grandeza de tu corazón, necesito gente como tú en mi reino... lástima que los nobles pidan tu cabeza.

—¿Y Beatriz?, ¿está bien?

—Sé que la amas y eso me obliga a querer también tu cabeza... ella está bien, regresaremos a palacio en dos días... para su boda, vendré para tu ejecución, mientras permanecerás aquí encerrado... no sé el tiempo que tardaré en volver, tengo asuntos más importantes que atender en el Este y el Norte, disfruta del tiempo que te queda sin saber de cuanto será.

—Gracias—, le dije. Se volvió antes de salir de la celda, —¿gracias por qué?—, me preguntó.

—Por cumplir su palabra y ser un rey con honor... y sobre todo por amar a sus hijas—, le dije. Se quedó mirándome y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Luego salió quedando de nuevo en la más absoluta soledad, en el más absoluto silencio, sobre un lecho de basto pasto, entre mis pensamientos, miedos y alegrías.

Traición esperada

Desde la celda escuché los caballos en el patio, la princesa se marchaba junto a su padre, yo me quedé solo en aquel encierro, pero esa misma tarde el guardia de la puerta me llamó, —tengo una nota para ti—, me dijo desde los barrotes.

—¿De quién es?—, le pregunté.

—Es de la princesa... me ha encargado que le cuide y me debo a ella, pero me quedo solo y poco podré hacer más que darte la mejor comodidad que pueda.

—Muchas gracias—, le dije. Al menos alguien velaba por mí, agarré la carta y agradecí a Beatriz que me enseñara a leer, las palabras nos dan libertad.

“Espera en tu soledad, trataré de persuadir a mi padre, te quiero “ decía en su nota. El perfume de sus manos se había transmitido al papel, ese era ahora mi mayor tesoro.

Pasaban los días y poco sabía del exterior, eso era lo más duro, no saber de mi familia ni de Beatriz, el guardia trataba de conseguirme información, pero tampoco le resultaba fácil, los hierros que me impedían volver a ver el cielo eran incapaces de quitarme mi libertad, libertad que disfrutaba en mi mente.

No puedo asegurar cuantos días pasaron, en uno de ellos, ese guardia que se llamaba Vincen, me trajo una noticia, la princesa estaba de boda, se estaba casando en aquel momento, algo se rompió en mi corazón, desde entonces dejó de latir con normalidad, pero eso era lo que habíamos acordado y en el fondo me alegré por ella, porque pudiera seguir con su vida, sabía que nunca olvidaría nuestros encuentros, no olvidaría mi amor y eso era lo único que podía consolarme.

Los días se hacían eternos en aquella celda, pequeña y oscura, apenas una pequeña ventana me recordaba la luz del sol, los muros de piedra, únicamente olvidados en la puerta que daba al pasillo, ese muro era de barrotes de hierro, al menos podía ver algún movimiento en esos pasillos cuando soltaban o encerraban a alguien más en aquel sótano.

Melendo me visitaba de vez en cuando para recordarme que jamás saldría con vida de su casa, su enfado aumentaba con el paso de los días, era un hombre muy enfermo y obsesionado con las jóvenes, no podía admitir que ya no dispusiera del derecho a la prima notte.

Amabel pudo venir a visitarme, al fin obtuvo el permiso que tanto tiempo buscaba, la alegría fue inmensa, casi no podía hablar de la emoción, después de tanto tiempo de ver solo a los soldados y de vez en cuando a Melendo, ver el rostro angelical de mi hermana logró que derramase las lágrimas, —estás guapísima—, le dije a través de la verja.

—Gracias... no me han dejado venir antes, ¿cómo estás?—, me preguntó. Se sujeto al hierro de la puerta, como queriendo colarse entre ellos, yo la sujeté de las manos.

—Estoy bien... pero cuéntame todo de la familia, ¿cómo están todos?

—Están bien, Marian dio a luz a una niña preciosa, ya tiene un año...

—¿Un año?... ¿Cuánto tiempo llevo encerrado?—, le pregunté sorprendido. En aquel lugar el

tiempo se detuvo, me era imposible de creer que ya llevara tanto tiempo allí.

—Llevas un año y cuatro meses... es demasiado por lo que hiciste, todos te veneran, te ven como al héroe que les trajo esperanzas... son muchas las voces que quieren tu libertad, pero los nobles siguen teniendo mucho poder.

—¿Se está cumpliendo la ley?

—Sí... el rey parece ser un buen hombre... a veces me llagan cartas de Beatriz, no sé si sabes que está casada.

—Lo sé... era algo inevitable... cuéntame cómo está mamá, ¿sigue bien?—, le dije.

—Sí, ahora un poco triste, pero va bien, con la esperanza de verte fuera de la prisión.

—¿Triste por qué?... ¿le ha pasado algo?

—Bueno... es que me caso el mes que viene, y aunque voy a vivir junto a ella... pues se piensa que se quedará sola.

—¿Te casas?... qué alegría, con el joven del campamento... ¿cómo se llamaba?, Enriq—, le dije. La miré y vi ilusión en sus ojos, felicidad y eso me dio tranquilidad.

—Sí... es un buen hombre, yo lo quiero y el a mí...

—No lo quieras, ámalo... y él también a ti, el amor lo es todo, querer es egoísmo, amar es libertad—, dije. La admiraba como persona, como mujer sería una luchadora, tal vez estaba hecha para la guerra, pero también para el amor.

El vigilante permanecía impertérrito en su posición, cumpliendo su labor, pero con dolor también en el alma, una sombra desde la escalera nos advirtió de la presencia de alguien, era Melendo y con él nada era bueno, —buenas tardes, me han avisado de que tenéis visita.

—Gracias por permitirme ver a mi hermano—, dijo amable Amabel. Era nuestra obligación con los nobles.

—Gracias a ti por tu presencia—, dijo. Se puso demasiado cerca de mi hermana, pronto cumpliría los dieciocho años y Melendo sabía que preparaba su boda, —es una lástima no poder disfrutar de esta jovencita en su noche de bodas.

Me esperaba lo peor, la tensión podía percibirse en el sótano, el vigilante inmóvil y mi hermana cabizbaja, una chica que era capaz de arrancarle la cabeza con sus manos, debía ser complaciente a ese hombre, —debo irme—, dijo ella.

El anciano la sujetó de la mano, —si nada más has hecho llegar... ¿es que he interrumpido algo?—, soltó. Se le colocó detrás y la sujetó de la cintura, ella no se resistía demasiado, yo le dije que la soltase y la dejase ir, —podrá marcharse cuando la haya inspeccionado... ¿o es que quiere que la encierre por ladrona?

—Ella no te ha robado nada, eres mentiroso y rastrero... suéltala—, grité.

—¿Y a quien van a creer?... ¿a ti?—, dijo el canalla. De un golpe descubrió los jóvenes pechos de Amabel, frente a mí y yo nada podía hacer más que implorarle, en el rostro de mi hermana percibía pena, lágrimas e impotencia. Bajó sus manos hasta los tobillos donde descansaba el vestido de Amabel, lo subió y una de sus manos la sostenía por la cintura, y la otra bajo la tela buscaba lo que tanto le enfermaba.

Me estaba destrozando las manos tratando de romper los hierros que me separaban de mi hermana, pero ese hombre no atendía a nadie, ni el vigilante hacía movimientos para ayudarla; logró desgarrar los tejidos bajo su vestido y alcanzar las vellosidades de Amabel, le apretaba los suaves pechos y metía su otra mano entre los jóvenes muslos de mi hermana, ella intentaba zafarse e inclinaba su cuerpo hacia delante, entendía que los dedos de Melendo estaban ya en el interior de Amabel.

Ella no soportó más lo ocurrido, golpeó con su nuca la nariz del anciano, el vestido cayó y

volvió a cubrir su reino, la rotura de la prenda hacía imposible que sus pechos no se airearan con los movimientos; pudo soltarse y empujarlo contra los barrotes, golpeándose con fuerza en ellos y permitiéndome cogerle del cuello.

—Eres un hijo de la gran puta... no mereces vivir ni un segundo más—, le gritaba.

El vigilante no le defendió, nos miraba y no hacía ademán por moverse, le oprimía el cuello al punto de no poder respirar, Amabel tampoco decía nada, solo miraba entre incredulidad y asco, —eres una lacra para la nueva sociedad—, le dije al oído.

—No me vas a impedir hacer lo que me dé la gana... buscaré formas de conseguirlo—, me decía casi sin aliento. Aquellas palabras no hacían más que obligarme a apretar con más fuerza, hasta que poco a poco se quedó sin ellas, débil en su orgullo, inmóvil y con los ojos abiertos.

—Le has matado—, me dijo mi hermana. El vigilante se acercó y comprobó que efectivamente había dejado de respirar, me esperé lo peor.

—Vete... márchate y no cuentes nada de lo que ha sucedido—, le dijo a Amabel.

—¿Qué va a ocurrir con Régis?—, preguntó bastante preocupada.

—Tú márchate... corre y no hables con nadie—, insistió el soldado.

Con angustia avanzó hacia la escalera, mirándome como queriendo sujetar mi mano, yo le sonreí, —cásate y vive feliz... disfruta de tu vida plenamente, la lacra de los nobles con más reservas irá desapareciendo, no tengas miedo—, le dije hasta que se perdió tras el muro.

—¿Por qué no le has ayudado?—, pregunté al soldado sorprendido.

—Nadie llorará la muerte de este mal nacido, puede que ni sus hijos... tu hermana no ha estado aquí y me encargaré de eso... yo también tengo una hija y te agradezco toda tu lucha, incluso la muerte de Melendo, pero esto es algo con lo que tendrás que cargar tú solo.

—Por supuesto... ya nada hay que me haga temer por mi vida, solo la de los demás... eso es lo único que me importa en este tiempo—, contesté.

—Melendo entró en tu celda para tratar de matarte y tú te defendiste... yo no pude evitarlo, ¿está claro?... eso es todo lo que puedo hacer por vosotros.

—Sí... gracias—, le dije. El cuerpo del anciano fue trasladado al interior, avisó a los guardias de arriba y se orquestó el plan, —voy a tratar de comunicarle a la princesa lo ocurrido... puede que ella te ayude—, dijo. Luego me dejaron solo de nuevo en aquella misera celda.

Ahora mi incertidumbre era total, nada supe de lo sucedido, de las consecuencias en la corona, en las casas feudales ni en el pueblo, hasta que pasaron dos semanas, fue entonces cuando recibí una visita, la del propio rey.

—Me alegro de veros—, me dijo al entrar en la celda, —vengo a informarte de que has sido sentenciado a muerte.

—¿Por Melendo?—, le pregunté.

—Era un hombre detestable incluso para mí, pero era un noble y matar a un noble está condenado a muerte... esa es la ley—, me dijo.

—Otra ley injusta... la de no poder defendernos por nuestras vidas cuando enfrente está un hombre rico.

—Lo sé... y comparto tu pensamiento, pero mientras Francia no tenga un rey que controle toda la nación, no se podrán modificar las leyes... te di mi palabra de mantener la abolición de la prima notte, aunque eso me cueste que las casas feudales se quieran alinear con mis enemigos... ellos mantienen ese derecho en los territorios del Este y del Norte.

—Pero esos reyes no son tan justos como el nuestro.

—No he venido para que me halagues... quería darte a conocer tu sentencia en persona, Beatriz quería venir a verte, pero es algo imposible... está casada y nunca más volverás a verla, te puedo

decir que está bien, e incluso que trabaja para los derechos de los aldeanos... lo que pueda conseguir se lo permitiré, quiero que lo sepas antes de tu fin.

—Gracias... es una hija increíble... gracias—, le dije cabizbajo y destrozado.

—Cuidaré de tu familia, ya no solo porque en esta comarca haya muerto Melendo, sino porque debo mantener contenta a tu hermana Amabel... quiero que de alguna manera se una a mi causa, te gustará saber que ella ha firmado el tratado con los nobles de esta región, se acabó la prima notte.

—¿Quién va a suceder a Melendo?

—La corona... esta comarca quedará bajo mi tutela... después de tu ejecución, será trasladada la princesa con su esposo a esta zona... queremos hacer grande a Paris, y Beatriz se encargará de ello... deseo que Amabel sea su consejera.

—Muchas gracias... no me lo esperaba, la verdad es que no sé qué decir.

—Tu destino no es bueno... no me des las gracias... en un mes será la ejecución... vendré para despedirme.

—¿Por qué en un mes?... no sería mejor ahora.

—Quiero que la boda de Amabel sea tranquila y en paz... luego podrás despedirte de ella y tal vez de Beatriz, pero no te aseguro nada—, soltó. Luego me dejó solo, tenía la esperanza de volver a ver a la princesa, y eso me bastaba en mis últimos días.

Los días pasaban sin pensamientos negativos, todo había sido un éxito en mi vida, solo el recuerdo de Beatriz ocupaba mi mente, y la boda de Amabel, tenía muchas ganas de volver a verlas, el guardia me informaba de cuanto sucedía en el pueblo, de los avances en los preparativos de la boda, cada día lo contaba como uno menos para estar de nuevo junto a Beatriz, aunque solo fuera por unos instantes.

El día de la boda llegó, me imaginaba a mi hermana vestida de novia, con sus flores blancas sobre sus rubios cabellos, con la ilusión de ver a su marido y poder yacer en paz junto a él, supuse que su única pena era mi ausencia, algo que superaría con el tiempo, ella todavía no sabía nada de mi condena, ni de mi ejecución.

Podría disfrutar de su día más especial, luego tal vez lo sintiese, pero ahora debía ser feliz y disfrutar de la boda; esa noche me trajeron a la celda comida abundante, una cena especial traída desde la celebración del enlace, no conocía a mi pequeña sobrina, pero disfruté de aquella cena como si estuviese junto a ellos, reviví cada momento vivido, cada momento de experiencias, esa noche mi hermana no sería arrastrada a la casa del noble, nadie tendría que recoger por ellos, con caras tristes, sino que habría fiesta hasta que los cuerpos aguantasen.

Por la pequeña ventana entró una luz brillante, observé que venía del oscuro cielo, de la noche profunda, era la luz que me acompañó en tiempos difíciles, me dio paz en mi alma de nuevo, me tranquilizó ver que aún seguía junto a mí.

Me gustaba pensar que aquella luz era emitida por las ángeles del cielo, por las mujeres muertas que vivían en el cielo, y que me habían guiado en mi aventura, puede que no lo fuera y fuese otra cosa, pero a algo debemos aferrarnos en esta vida, a algo que nos infunda valor, que nos permita avanzar siempre para mejorar, para ser constructivo o constructiva en una sociedad que nos necesita a todos unidos, y no peleando por distintos intereses, hoy por ti y mañana por mí.

Todos los seres humanos son iguales, todos son nacidos de una madre y un padre, cuando veo una mujer veo un ser maravilloso, al igual que cuando veo a un hombre, luego cada uno será criado, educado y tendrá sus creencias, las cuales le pueden hacer magnífico o malvado.

Al final de la esperanza

La noche trajo placer a Amabel y Enriq, ambos se despidieron de sus invitados para acudir a la cita más deseada, a la cita con la tranquilidad que les proporcionaba la nueva ley.

Ella era una joven valiente y fuerte, pero también delicada y bella, su esposo también era un joven de muy buen ver, sensible y cariñoso, estando ellos en su humilde dormitorio, a media luz sus cuerpos se juntaban, solo la luz de la luna que entraba por el visillo de la ventana iba a ser testigo del amor entre sus vírgenes cuerpos.

Enriq la despojó de su vestido blanco, quedando ella en enaguas, después de admirar su rostro serio, pero con emociones, la desvistió por completo, al caer al suelo los tejidos que cubrían su esvelto cuerpo, en la piel de Amabel se dibujaba el viejo visillo de la ventana, como si la luz de la luna quisiera acariciar su suave y dulce piel.

Amabel únicamente portaba en su cuerpo la diadema de flores blancas, enredada en sus cabellos color oro, cabellos que bajo la tenue luz de la luna brillaban en la oscuridad, al igual que sus vellos rubios, rizados y mágicos que cubrían su fresco monte de Venus. El joven la contemplaba a contraluz y era incapaz de haber imaginado tanta belleza ante sus ojos.

En el más absoluto silencio, solo roto por el canto de los grillos, el joven se desnudó delante de la tímida mirada de Amabel, ella tampoco había contemplado antes el cuerpo desnudo de un hombre. Este muchacho alto y moreno, con abdomen plano y marcado se reflejaba en la luz que entraba a escondidas en la habitación, ninguno era capaz de dar el primer paso, sus miradas se cruzaron varias veces, y varias veces cambiaron de dirección, cuando ella miraba al suelo, Enriq se le acercó, pudiendo percibir entonces el calor en la piel del otro, cuerpo a cuerpo, piel con piel, calor, mucho calor sentía ella en ese momento.

Él la rodeó por la cintura con sus brazos, y la atrajo hasta que sus pechos se presionaban contra su tórax, las manos de ella alcanzaron los hombros de él, luego una mirada intensa, un silencio y beso, un beso que entonarían un canto en los corazones de los amados, un beso que calentaría aún más el cuerpo estremecido de Amabel. Envueltos sus labios en el sabor del otro, mil caricias en sus sinuosas curvas, con tanta delicadeza que parecía que pudiesen romperse en mil pedazos.

Las manos se deslizaban por la suave y fresca piel de la juventud, él alcanzaba su espalda, su cintura y sus nalgas, y ella bajaba tímida hasta la baja espalda de su enamorado, hasta deslizarse lentamente por su trasero, todo sin abandonar los labios que se envolvían como si nunca hubiesen estado juntos.

Al cabo de un rato, se volvieron a mirar con amor, —¿y ahora qué?—, le preguntó ella ante la observación intensa de su enamorado Enriq.

—Ahora me gustaría devorar tu cuerpo—, le susurró.

Posó su boca en el cuello de la joven, besándola mientras ella se retorció de placer, alcanzaba sus lóbulos y excitaba a Amabel mientras sus manos trataban de alcanzar su calidez, su reino del

placer. Amabel se tiró hacia atrás, movida por el placer para darle a su esposo la posibilidad de degustar sus firmes senos, algo que Enriq no rechazó.

Muy suave introducía en su boca toda la piel que cubrían sus mamas, toda la que podía al menos, entre el canal que dejaban sus pechos centraba sus esfuerzos, con su lengua recorría cada milímetro de aquella piel, piel que se erizaba motivada por el placer que la joven estaba percibiendo. En ese movimiento de inclinación, el marido pudo tocar los labios de entre las piernas de Amabel, labios gruesos que asomaban por su trasero, labios que el hombre trataba de acariciar con la punta de sus dedos.

Aquella maniobra rompió a la joven, la desgarró en un placer antes desconocido, necesitó expulsarlo soltando un gemido desde lo más profundo de su alma. Su cabeza se balanceaba con los ojos cerrados, con suspiros y respiración acelerándose, la manera en que Enriq hurgaba entre sus muslos la enloquecía de placer, de éxtasis, tanto que poco más necesitó para demarrar su primer orgasmo entre convulsas contracciones.

Con su consciencia abandonando su cuerpo, el marido la tumbó en la cama, su cuerpo estaba presente, pero su alma había viajado al mundo del clímax, mundo en el que ella nunca había estado, el olor que emitía entre sus muslos guiaron a Enriq hasta su calor, hasta la zona de placer, hasta donde estaba el rey sentado entre los labios de la joven, asomaba turgente y deseoso de ser masajead.

Antes de entrar en aquella zona, se detuvo a revolucionar los bellos vellos rizados y rubios de Amabel, ésta se retorció solo de pensar en la proximidad de la boca de su amado, al comienzo de su línea de placer, línea que se forma entre los cerrados labios mayores, línea que acomoda en su principio a esa perla, a ese botón sensible que tanto placer proporciona a una mujer.

El aliento lo percibía justo sobre el dominio de su entrepierna, justo en donde el rey está sentando, creciendo por momentos entre su cómodo sillón, sillón formado por los bellos labios superiores de Amabel, hasta allí llegó con su apéndice, con su húmeda y cálida lengua, para jugar con aquella preciosa bolita que no solo estremecía el cuerpo de la joven, tampoco solo erizaba su piel y ni mucho menos servía para que la joven contraccionara sus músculos involuntariamente, sino que era el botón que al accionarlo su mente comenzaba a pedir a la fábrica del placer, que produjera el néctar que pronto se derramaría por entre los muslos de la joven.

Cuando Enriq bajó por su línea de placer, hurgando entre sus húmedos labios, ésta ya se había venido por segunda vez esa noche, acto que produjo que, desde el final de la línea de placer, comenzara a fluir la dulce miel que su esposo degustaría con gozo, nada entre aquellos muslos dejó el joven sin recorrer con su apéndice, sin morder con sus dientes y sin saborear con su exquisito paladar.

Luego de reponerse ella un poco, luego de que él estuviera con la parte más húmeda de su cuerpo, dentro de su amada, ésta se levantó y tumbó al marido en la cama, ahora era ella quien quería gozar de la piel de su pareja, y así lo hizo, al tiempo que bajaba desde el cuello hacia la zona cálida de Enriq, sus pechos acariciaban el torso, el abdomen y los muslos del hombre, hasta detenerse cuando la joven alcanzó la dura erección de su amado.

No dudó en saborearla y dar calor con su boca, algo que estremecía al joven, sentir la calidez y la humedad de Amabel sobre la parte blanda de su erección, tanto que le resultaba difícil no volcar sobre su amada, el amor que desde su interior buscaba la liberación, pero pudo contenerse, quería estar dentro de Amabel, pero no en donde estaba en ese momento.

Tan ansioso estaba, que sujetó del brazo a la joven, invitándola a sentarse sobre su cuerpo, algo a lo que ella asintió, desde allí se buscaban con la mirada, se buscaban con sus manos, y se buscaban con sus sexos, ella se inclinó hacia delante, besó los labios de él y presionó sus duros

pechos contra Enriq, quedando toda su calidez abierta, justo donde la esperaba la erección del muchacho, no era necesario guiar con las manos, ésta sabía dónde estaba la entrada al paraíso, la entrada a los confines más deliciosos de Amabel.

Ella podía sentir el glande restregarse entre su mojada línea de placer, abriéndola y acariciando los labios menores, los labios inferiores que ya palpitaban de placer al percibir tan próxima la entrada hasta sus adentros, el glande logró posicionarse justo en la apertura de Amabel, sus ojos llenos de brillo miraban al amado, sus labios besaban los de su esposo, su respiración se le dificultaba y aceleraba el corazón, todo su cuerpo estaba bañado en sudor, sudor que hacía que brillara con la luz caprichosa de la luna que gustaba de estar presente.

Sin una sola palabra, sin un gesto distinto, con la mirada en la de su hombre, Amabel en un movimiento inesperado, se introdujo ella misma el glande en su interior, lo hizo desaparecer de la mirada curiosa de la luna, soltó un grito, cerró los ojos y percibió el placer en todo su cuerpo, al abrirlos Enriq no le había perdido la mirada, le sonrió y ella volvió a cerrarlos.

Fue entonces cuando, ella sola, se clavó hasta la empuñadura toda la dureza, nada quedó visible, salvo el flujo que ella y él expulsaban al recibir su tercer orgasmo y el primero de Enriq, derrumbándose sobre el cuerpo sudoroso de su esposo, extasiada de placer, agotada por el clímax, derrotada por el amor.

A los dos días de la boda de mi hermana, se presentó en mi celda junto a la pequeña Amabel, le habían permitido despedirse de mí y traerla para que la conociera, no sé si fue una buena idea, puesto que mi alma se congeló al verla, al saber que nunca la podría ver crecer ni tampoco guiar en la vida, mi único consuelo era saber que su tía nunca la dejaría, —es preciosa... se parece a ti—, le dije.

—No puedo creer que vayan a ejecutarte, con lo que has sacrificado por nosotros—, me respondió triste. Acerqué mi mano a su mejilla, sequé las lágrimas que caían desde sus preciosos ojos.

—Este era mi destino... para esto nací y para esto estoy dispuesto a morir.

—Pero no es justo, no lo es—, decía llorando.

—Podrás luchar por la justicia, y sé que lo harás... os queda mucho que andar, y no puedo estar más orgulloso de ti... ¿cómo están todos?

—Bien, no les permiten verte... pero te aman, mamá me ha dicho que te diga cuanto te quiere, cuanto te ama.

—Lo sé... cuida de todos, eres la mejor para eso—, le dije. Hablamos un buen rato, la despedida fue dura, pero debía producirse.

—Mientras respires voy a luchar por tu indulto, muchos lo piden fuera... muchos están contigo, no pierdo la esperanza.

—Gracias, lo sé, no te preocupes porque yo he aceptado mi destino... tú también debes aceptarlo y vivir como si no hubiera un mañana... estoy convencido de que nos volveremos a encontrar al otro lado—, le dije cuando se marchó entre lloros.

Luego me visitó el rey, me dio la mala noticia, —Beatriz no va a venir... no me pareció apropiado que viera tu ejecución—, me dijo. Aquello desoló mi alma por completo, solo me quedaban sus recuerdos.

—¿Ha sido decisión de ella?—, le pregunté.

—No... ella deseaba verte, pero no quiero que pase por esto... la dejé al cuidado de su esposo, olvídate de ella ya, por favor—, me soltó. Pude ver en sus ojos incluso compasión, pero un rey se debe a sus obligaciones, nada de rencor hacia él había en mi corazón, más bien agradecimiento.

Con el recuerdo de Beatriz en mi mente, llegué el día de mi destino, el día de poner fin a mi

condena, en la plaza de la gran casa una gran multitud se aglomeraba, en el centro del patio una estructura de madera y sobre las tablas el verdugo con su hacha bien afilada.

Yo con mis manos atadas a la espalda, recorría el pasillo que me dejaron, los gritos de la gente pedían clemencia, ante la atenta mirada de Hugo, el soldado abrió un papel y gritó en alto las causas de mi ejecución, al escuchar todos, la muerte de Melendo, me vitorearon e incluso aplaudieron, he de ser sincero, estaba asustado, pero orgulloso y feliz de ver allí a mi gente, a mis compañeros.

Me arrodillé sobre un tronco, con el cuello sobre el madero, alcé la mirada y contemplé a mi familia, Amabel y Marie, orgullosas pero tristes, todo lo que habíamos conseguido pensé, ella se movió entre la multitud, persiguiendo su esperanza, a sus espaldas la espada que tan bien manejaba.

Cerré los ojos y pude ver entre la multitud a Beatriz, ese recuerdo dibujó una sonrisa en mi cara, parecía percibir su olor, su voz, su dulce mirada, en esos recuerdos era donde quería vivir durante la eternidad; sentí como el verdugo levantó el hacha, no me importaba mientras pudiera estar junto a Beatriz, en ese mundo nadie nos podía separar, nadie podría opinar sobre nuestra relación, era mi mundo perfecto junto a la mujer más bella, bondadosa y sufridora que conocí, una joven que por donde caminaba enfadaba a las flores por restarles protagonismo, los más caros y perfeccionados perfumes no se podían comparar al olor de su piel, de su aliento. Respiré profundo, en paz y tranquilo junto a ella.

El sonido del metal del hacha cortando el viento, me hizo conocer que pronto cortaría mi vida, pero me daba igual, se acercaba con fuerza y yo no...

Escritor Andaluz de orígenes franceses afincado en Sevilla.

Novelas de ficción con un toque romántico-erótico, de escritura sencilla y fresca, sin retórica compleja ni metáforas difíciles de comprender.

Nacido el 3 de febrero en la provincia de Sevilla, a sus treinta y ocho años vive con pasión la vida en todos sus aspectos, amante de la poesía y la narrativa, espiritual aprendiz sobre los niveles que nos alimentan el alma.

Sus obras comenzaron a publicarse en marzo de 2020, con un propósito claro, llegar al público con un lenguaje respetuoso y diferente.

Bibliografía:

-La vida de Ania

El juicio

El peor de los encuentros

Una segunda oportunidad

El amor cura las heridas

Todo es posible

-Achira: Atrapada en su inconsciencia

-La mujer transparente

-La inocente

-Fuera de su tiempo

-Rimas desde el Alma

-La otra cara de la Inocente

-Ania, sueños alcanzados

-1987 La perra

-El tesoro máspreciado